

CRISTIANDAD

N.º 245 y 246 - AÑO XI

15 JUNIO 1954



Una ejemplar Institución de Ahorro Benéfico cumple su cincuentenario

Con la popular y solemne conmemoración con actos religiosos, cívicos, sociales, culturales y benéficos del Cincuentenario de la fundación de la por todos admirada CAJA DE PENSIONES PARA LA VEJEZ Y DE AHORROS DE CATALUÑA Y BALEARES, vive este año Barcelona el recuerdo emotivo y cordial de unos hombres insignes y de unas fechas, Luis Ferrer Vidal y Soler y Francisco Moragas Barret, y del 5 y 11 de abril de 1904, que son testimonios y símbolo de la prodigiosa fecundidad de las grandes ideas y de las iniciativas generosas que germina en la historia de un pueblo.

En la *Caja de Pensiones* este afán de superación se manifiesta en una espléndida floración de Obras que constituyen el núcleo fundamental de su vida interna.

Como foco de luz inextinguible que da brillo a su prestigio, no sólo en el campo regional o nacional, sino en el internacional, está esa admirable Institución económico-social, nacida a impulsos del bien común, para la educación económica del pueblo y en auxilio de las clases populares, que es la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros de Cataluña y Baleares.

La Caja de Pensiones es una Entidad llena de vida, que recibe energías de los miles de ahorradores pequeños y grandes que en ella tienen depositada su confianza, y la Caja, transformando estas energías, las hace revertir sobre la misma sociedad en obras de cultura de beneficencia y de acción social. Esta reversión de valores en beneficio de la sociedad es una verdadera función social de las Cajas de Ahorro Popular. "Hablar de la obra social de las Cajas de Ahorro, invocar su función social, equivale — ha dicho el Dr. Luño Peña — a conocer su esencia y su contenido, es decir, el espíritu animador y vivificador de las Instituciones de Ahorro".

Sería prolijo enumerar las obras culturales, sociales y benéficas que apoya la Caja en cumplimiento de la doctrina de la Iglesia, de que los ricos son los administradores de los bienes de los pobres, y en cumplimiento de los fines por los que fué creada.

El templo de ideales de humanidad de la Caja y la nobleza venerable de los años que su fundador, don Francisco Moragas, había profetizado le darían honores de eternidad, se va acrisolando con efemérides gloriosas en la historia de la Institución.

Parece como si aquella su eterna postura de que "todas nuestras irradiaciones llevan tal fuerza, que nos devuelven generosas energías y bienes para nuestra vida", tomase carta de naturaleza todos los días desde su fundación, en 1904, al momento presente, en que se conmemoran las Bodas de Oro.

Hablar ahora de la espiritualidad de la Caja, de su actuación internacional, cuando han hablado los capitanes de la economía y de la industria, los hombres sobre los que pesa el destino de unas entidades que tanto han contribuido al esplendor de la ciudad... Cuando han ha-

blado ya los hombres de dos generaciones, sólo nos resta a los que vivimos la hora presente hacer balance del pasado, y en este recuerdo histórico tener frases de simpatía y admiración para quienes, desinteresadamente, contribuyeron con su esfuerzo a elevar lo que fué una obra de ayuda a los hombres de esta tierra bajo la idea romántica y cristiana de la hermandad, a una sólida y poderosa Institución orgullo de los españoles y asombro de los extranjeros.

Si el genial creador y organizador de la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros, Francisco Moragas, había llegado a la convicción profunda de que frente a la fría especulación del cálculo, base inmovible del negocio y de la empresa, había que situar, como exigencia del éxito, garantizado por el bien común, la contabilidad de las buenas obras, de las lágrimas enjugadas, del dolor aliviado, de la enfermedad curada, de la ignorancia vencida... Es decir, si las Cajas de Ahorros debían completar y perfeccionar su técnica económica y administrativa con una función social que viniese a ser realidad práctica y efectiva de la vida humana como una manifestación y exteriorización del alto espíritu que las anima, del supremo ideal que las inspira, orgullosos podemos estar de esta cuenta, en la que son sus partidas principales: la cifra crecida de homenajes a los ancianos españoles; la Obra de amor a los inválidos, con el Amparo de Santa Lucía para Ciegos, Instituto Educativo de Sordomudos y de Ciegos y el Instituto para la Rehabilitación Física de Mutilados; la Obra escolar, con sus secciones de: Previsión infantil y Hogar del Angel de la Guarda; la Obra cultural, con actividades de las Casas de cultura y Palabra culta; la Obra Social agrícola, Seguro Mutuo del Ganado, Investigación y Divulgación agrícola; la Obra de Acción social, con el Instituto Benéfico Social de Nuestra Señora de la Esperanza y el Instituto de Santa Madrona; la Obra antituberculosa, con Instituto Antituberculoso y Colonia Sanatorio.

Con la sola mención de estos epígrafes "contables", verdaderas antorchas de fe y de esperanza, se vislumbra ya la enorme dimensión esencialmente social, de la Caja, condensada en la expresión balmesiana de: "procurar el mayor bienestar posible para el mayor número posible".

Admirable enseñanza la de la Caja de Pensiones, nacida como Institución económico-social, al servicio del bien común, para la educación económica del pueblo y auxilio de las clases populares.

La generosa labor de los fundadores y directivos es la semilla del bien y el germen de las más sublimes virtudes, depositados en la fecunda tierra y en las almas generosas de los laboriosos hijos de Cataluña y Baleares, que han dado origen al árbol frondoso y gigantesco de la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros, que descuella con la máxima altura entre las Instituciones del Ahorro del mundo entero.

F. B.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SVMARIO

EDITORIAL

San Pío X, «Pontífice de la Fe íntegra y de la impávida entereza», por I.-O. C. C. (páginas 201 y 202).

PLURA UT UNUM

El Véneto, patria de San Pío X, por Francisco Salvá Miquel (págs. 203 a 205).

San Pío X, maestro de vida interior: I. Santidad sacerdotal. - II. La Comunión de los niños. - III. Acción Católica (páginas 206 a 211).

San Pío X. ¿Un golpe de Estado de la Providencia?, por L. C. V. (págs. 212 y 213).

DEL TESORO PERENNE

Santo dado por la Providencia a nuestra época y guía para los hombres de hoy. Alocución de S. S. exaltando la Santidad de Pío X al elevarlo al honor de los altares (páginas 214 a 218).

Un paralelo histórico: San Gregorio I evocado por San Pío X, por P. L. C. (págs. 219 y 220).

Pentescotés. 1924.º natalicio de la Iglesia Católica, por T. Láutico (págs. 221 y 222).

Un gran milagro del Corpus, por Angel Doctor (pág. 223).

EL BIELDO Y LA CRIBA

También en el progreso técnico se manifiesta la Gloria de Dios, por Joaquín Drake de Alvear (págs 224 y 227).

Un caso de conciencia literario, por Arturo M. Cayuela, S. I. (págs. 225 a 227).

DE ACTUALIDAD

Quincena religiosa, por Himmanu-Hel (página 228).

Quincena política, por Shehar Yashub (páginas 229 y 230).

BIBLIOGRAFIA

Notas bibliográficas (pág. 230).

ANEXOS

Carta Encíclica de Su Santidad Pío XII sobre la «Sagrada Virginidad»

NOTA DE LA REDACCIÓN. Por causas ajenas a nuestra voluntad en el número anterior apareció el artículo *Sobre el Mes de María* sin la firma de su autor, que es el Reverendo P. N. BUSQUETS MOLLERA.

San Pío X, «Pontífice de la Fe íntegra y de la impávida entereza»

Cuando las trompetas de plata dejaron oír sus agudos sonos en el amplio recinto de la Plaza de San Pedro, los centenares de miles de personas de todos los países y de todas las razas allí congregadas, volvieron sus rostros anhelantes hacia las Puertas de Bronce, para ver aparecer la visión inolvidable que justificaba todos los sinsabores, todas las dificultades que podían haber sufrido los peregrinos en su desplazamiento a la Ciudad Eterna.

Y fué entonces el momento en que se levantó de entre los brazos acogedores de la gran columnata, un grito entusiasta que se fué repitiendo cual incansable eco a través de la multitud:

¡El Papa!

Su Santidad Pío XII, sentado en la silla gestatoria, aparecía por fin ante sus hijos, que contemplaban a su supremo Padre y Pastor con los ojos anegados en lágrimas y con el corazón rebozante de alegría.

¡Era el “dulce Cristo en la tierra” el que contemplábamos prostrados de fervor y emoción indecibles!

Minutos antes, en la solemne procesión que precedía al cortejo papal, el estandarte de Pío X, con la figura paternal del santo pontífice, ejemplo heroico de caridad, de fortaleza y de todas las virtudes, había despertado los primeros entusiasmos de la multitud.

De Pío X a Pío XII ¡Cuán graves vicisitudes no ha atravesado la Iglesia en este corto período, pero cuán resonantes no han sido sus triunfos contra las fuerzas del mal, coaligadas una y otra vez contra la sede de Pedro, contra la doctrina de verdad y de amor de la que es única depositaria!

Por eso, el Papa, iniciada ya la solemne ceremonia, después de proclamar la santidad de Pío X y de ordenar la inscripción de su nombre en el libro de los Santos, testimoniaba la intrépida lucha del Pontífice santo contra la más páfida y taimada de las herejías contemporáneas, con estas aleccionadoras palabras:

“Hay que reconocer que la lucidez y firmeza con que Pío X dirigió la lucha victoriosa contra las fuerzas del modernismo, atestiguan en que grados ardía en su corazón de santo la virtud de la fe. Solicito únicamente de que la grey confiada a sus desvelos conservase intacta la herencia de Dios, el gran Pontífice no conoció debilidades ante cualesquiera dignatarios o personas de autoridad, ni titubeos frente a doctrinas falsas, por más atrayentes que fueran dentro y fuera de la Iglesia”.

Por eso, el Papa llamaba a Pío X “santo providencial de nuestros tiempos”, y lo presentaba como “ejemplo providencial para el mundo de hoy, en el que la sociedad terrena, que se está convirtiendo cada día más en una especie de enigma para sí misma, busca con ansia una solución...” Por eso, también, Pío XII dirigía su ferviente súplica a San Pío X, “gloria del sacerdocio, esplendor y ornamento del pueblo cristiano”, “Pontífice de la Eucaristía y del Catecismo, de la fe íntegra y de la impávida entereza”, para que en estas horas dolorosas vuelva sus ojos a la Iglesia a fin de obtener para Ella “la incolumidad, en medio de las dificultades y persecuciones”, y para que en “ese mundo agitado” reine la verdadera paz.

Y después de estas palabras escuchadas con fervoroso recogimiento y gozo inmenso por el pueblo cristiano y acogidas con nue-

vos vítores al Papa y al Santo Pontífice, el cántico del "Te Deum" selló con sus inefables estrofas la jornada faustosísima que tuvimos la dicha inmensa de poder contemplar.

Por unos instantes la tierra se había acercado al Cielo y por unos instantes también habíamos sentido el Cielo muy cerca de nosotros.

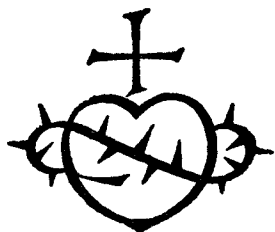
¡Tarde maravillosa, incomparable, la que vivimos en el Vaticano el pasado día 29!

Quizás en esas mismas horas en que proclamaba Santo

a Pío X, el Papa recibía del Corazón divino de Jesús nuevos consuelos sobrenaturales que le aliviarían las grandes amarguras que debe sufrir su corazón en estos terribles días de prueba.

Tal vez, por ello, pudimos tener la íntima satisfacción al terminar el solemne Pontifical celebrado el día siguiente en honor del nuevo Santo, de ver sonreír al Papa, mientras su rostro aparecía transfigurado por un gozo inmenso.

J.-O. C. C.



JUNIO

¡Que acudan al refugio!

«Adveniat Regnum Tuum»

Todo el misterio de Cristo aparece declarado en su nombre. Su nombre es Jesús, que quiere decir Salvador. Y recibe este nombre porque Él—según anunció el ángel a San José—salva a su pueblo de sus pecados.

Vió nuestra miseria, la de todos los hombres, y por eso «vino a buscar y salvar lo que había perecido», como aseguró Él mismo, revelándonos los secretos designios de la bondad divina. Nuestra redención se inicia en un misterio de amor: la encarnación del Hijo de Dios; y culmina en un misterio de misericordia: la muerte del Hijo de Dios en la cruz.

Muchísimas almas sienten cierta zozobra, cierto estrechamiento interno producido por la conciencia de algún pecado o de una serie ininterrumpida de pecados. La conciencia de su culpabilidad les produce turbación: temen que los amenace algún mal, algunas penas.

Muéstrese a éstos el Corazón de Jesús, herido por amor a nosotros: He aquí el Corazón que ha amado tanto a los hombres... Los que están oprimidos y como ahogados por los pecados necesitan amor; sólo la confianza en la inefable misericordia de Dios puede volver a levantarlos; de ordinario no bastan el temor de las penas y la amenaza de la justicia divina. Los pecadores hallarán en mi Corazón la fuente y el Océano infinito de la misericordia, misericordia que, para socorrerlos, se inclina compasiva a su miseria que ningún otro hombre comprende, ninguno compadece. Ese Corazón que nunca dejó de estar inflamado en nuestro amor, fué abierto para quedar «patente a los pecadores como refugio de salvación» (Prefacio de la Misa). ¡Cuántos pecadores viven hoy entre innumerables tentaciones, peligros y caídas, y experimentan tanto su propia

debilidad, que no tienen confianza en su conversión! También éstos hallarán en el Corazón de Jesús el amor fuerte que dió su vida por los hombres, el amor fuerte como la muerte..., capaz de arrastrar al hombre al servicio de Cristo, porque el Corazón de Cristo les da motivos poderosísimos para imitar y amar a este amor.

Los pecadores, ganados por el amor y la misericordia del Corazón de Jesús, comprenderán como nadie estas palabras del Salvador: «Venid a Mí todos..., Yo os aliviaré...; hallaréis reposo para vuestras almas. Porque suave es mi yugo y ligero el peso mío»; y estas otras del discípulo predilecto a Jesús: «Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; pero aun cuando alguno pecare, tenemos por abogado para con el Padre a Jesucristo justo, y Él mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados, y no tan sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo (1, 10, 2, 1-2); y aquellas otras impresionantes del humildísimo San Pablo: «Palabra verdadera y digna de toda aceptación: que Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo».

Fragments del artículo del P. J. J. Martínez, S. I. «Mensajero del A. de la O.» Bilbao.

LAS PRÓXIMAS CANONIZACIONES

Cinco nuevos Santos

Todavía recientes las jornadas esplendorosas de la canonización del Papa Pío X, Roma se apresta a vivir las solemnidades religiosas incomparables que suponen la elevación a la santidad de otros beatos. Son éstos los beatos Pedro Luis María Chanel, mártir, de la Sociedad de María, Gaspar del Búfalo, confesor, fundador de la Congregación de Misioneros de la Preciosísima Sangre, José Pignatelli, confesor, de la Compañía de Jesús, Domingo Savio, confesor, y María Crucificada di Rosa, virgen, Fundadora del Instituto del Ángel de la Caridad. El voto para la canonización de estos beatos fué formulado a un tiempo con el relativo a la canonización de S. Pío X, en el Consistorio del 20 de mayo último. Su Santidad el Papa Pío XII

se dignó señalar el día 12 del corriente mes de junio, como fecha para la solemne ceremonia de la canonización.

Para los españoles tiene especial significación la figura del B. José Pignatelli, nacido en Zaragoza en el seno de una de las primeras familias de Aragón. El B. Pignatelli que había ingresado en la Compañía de Jesús a los 16 años, vivió las amargas vicisitudes de la disolución de la Orden ignaciana en toda la Iglesia, tras su expulsión de los dominios españoles. Su actividad después, al frente de la renacida Compañía, en el Ducado de Parma le merecieron el dictado de restaurador y Patriarca de la Compañía de Jesús restaurada. Muerto en olor de Santidad, Gregorio XVI firmó el decreto de introducción de su causa. Fué beatificado por Pío XI.

EL VÉNETO, PATRIA DE SAN PIO X

El alma del paisaje

Una de las apariciones más gratas—en el viaje en tren de Milán a Verona—es la aparición de la enorme mancha azul del lago de Garda.

Una mancha que se rompe en contornos desiguales. Una amplitud de azul que palidece y parece desvanecerse y es como si huyera de lo palpable y se perdiera en una opaca ausencia de líneas y de luminosidad. Una luminosidad azul que se desvanece y unas riberas que se pierden en halos flotantes.

En mi vagón hay un montón de mujeres y niños caídos sobre el suelo. Una muchacha sentada sobre la maleta cabecea. Cantan una canción extraña, en una lengua desconocida. En el departamento, unos anuncios de Turismo: un campesino y una moza con las faldas acampanadas. Un paisaje de ensueño: un bosque de álamos. Se lee: Visidad Yugoslavia.

El tren está bordeando el lago de Garda, que separa las provincias de Brescia y de Verona.

A un lado y otro del lago, campos de árboles frutales.

Un hombre de unos cuarenta y cinco años, con el pelo rubio como una majorca de maíz y los ojos azules—profundamente claros como si estuvieran nadando en agua. Tiene la cara roja como hecha de pedazos de cuero. Una extraña mezcla de dulzura y bastedad.

Recuerdo que abrió un periódico, y se lanzó, con avidez, sobre la página negra. No tardó en exaltarse... Su cara roja enrojecía más. Como si fuera a saltar de indignación.

Naturalmente, no se indignaba contra nosotros—aquel hombre de mirada dulce—. Se exasperaba contra el asesino. Contra el malo del folletín.

Y se lo zampaba—vorazmente—con una avidez y una credulidad que me dió lástima.

Cuando conseguí trabar conversación con aquel hombre, me hallé por primera vez ante la mezcla prodigiosa de energía y bondad, sencillez y cultura, simplicidad ingenua y espíritu refinado que caracteriza a los hombres de aquella tierra.—Y un poco a todos los hombres de Italia.—

Esos hombres del Véneto—hombres nórdicos, rubios, de ojos claros—se parecen de una manera demasiado viva a la humanidad de la tierra de San Francisco de Asís. Los de la tierra de Asís y los del Véneto son muy diversos físicamente de las gentes de Roma y de todas las gentes del Sur.

Quizá tengan la misma blandura y grandeza de facciones que caracteriza a los romanos. Esa blandura que hace que en el rostro de un romano no haya ángulos: como la falta de ángulos en el carácter, que es de una sorprendente maleabilidad.

Pero estas miradas azules, en el corazón de la tierra de San Francisco, y esos hombres nórdicos en una y otra tierra, en medio de un arte de luminosidad meridional, tienen un no sé qué de inquietante, de seductor.

Si es posible comparar los hombres, también tienen una dulzura semejante los paisajes. El Véneto es una tierra agrícola, con amplitudes llanas, amplias tierras culti-

vadas con muchos árboles, exuberantes, alegres... La Umbría es una inmensa llanura con viñedos que se encaraman a los árboles, árboles cargados de fruta, campos verdes, campanarios y ciudades que trepan en medio de la llanura como una fortaleza.

Si pensamos en otro paisaje, tembloroso también de un dulce franciscanismo, el de Greccio, nos encontramos con una tierra más pálida, más desangrada. El Véneto y la Umbría son tierras llenas de un fuerte optimismo terrenal, de un amor jugoso a la tierra.

El paisaje de las cercanías de Greccio tiene la dulzura de una amabilidad que se desangra. Recuerdo, en el camino de Rieti a Greccio, la aparición de un Cristo—un Cristo pintado sobre la fachada de un caserón. El Crucificado tiene toda la apacible dulzura del paisaje, como si se hubiera desangrado de dulzura.

Cada paisaje tiene su impronta. Son paisajes diversos: como son diversos—para citar un ejemplo—de aquel de la Toscana, de colinas cortadas con castillos y cipreses de retablo italiano.

El alma de los hombres

Mi compañero de viaje no tardó en convertirse en mi improvisado cicerone. Un cicerone amable que me iba señalando los campos desde la ventanilla:

—Aquello—me decía—son manzanos... Hay muchas manzanas. Más allá perales y melocotoneros.

De cuando en cuando su amabilidad se rompía bruscamente en un regaño. No podía soportar algunas de mis preguntas, de mis interrupciones. Entonces, enrojecía un poco más aquella su piel de cuero rojo, callaba unos momentos, y continuaba señalando y charlando con amabilidad.

En el fondo del departamento, tumbada y como metida en un rincón, había una francesa con una niña en la falda. Unas mujeres con unos capazos. En medio, un señor reseco, muy tieso, con un bastón.

—De este lado del lago—continuaba mi cicerone—, en la parte de Brescia, se cosecha una clase de vino Bardolino. En la otra orilla, en la provincia de Verona, una clase distinta.

Y el cicerone charla; y, al saber que voy a Verona, empieza a darme consejos para la visita a la ciudad. No es la primera vez que hallo, por tierras de Italia, hombres o mujeres del pueblo que comprenden y conocen de una manera extraordinariamente viva las riquezas artísticas de su país.

Al llegar a Verona, una dificultad. Verona estaba en plenos festivales líricos y era difícilísimo encontrar una habitación. Nos metimos en casa de la señora Giovanna Belligoli.

Hoy—a muchos meses de distancia—recuerdo con cariño a la señora Belligoli como si se tratara de una amistad de la niñez.

Era una mujer de más de cincuenta años: simplicísima. Su casa estaba instalada confortablemente. En el comedor había improvisado dos camas.

Aquellas gentes aumentan durante el verano sus ingresos y apuntalan un poco la economía de todo el año alojando a los turistas.

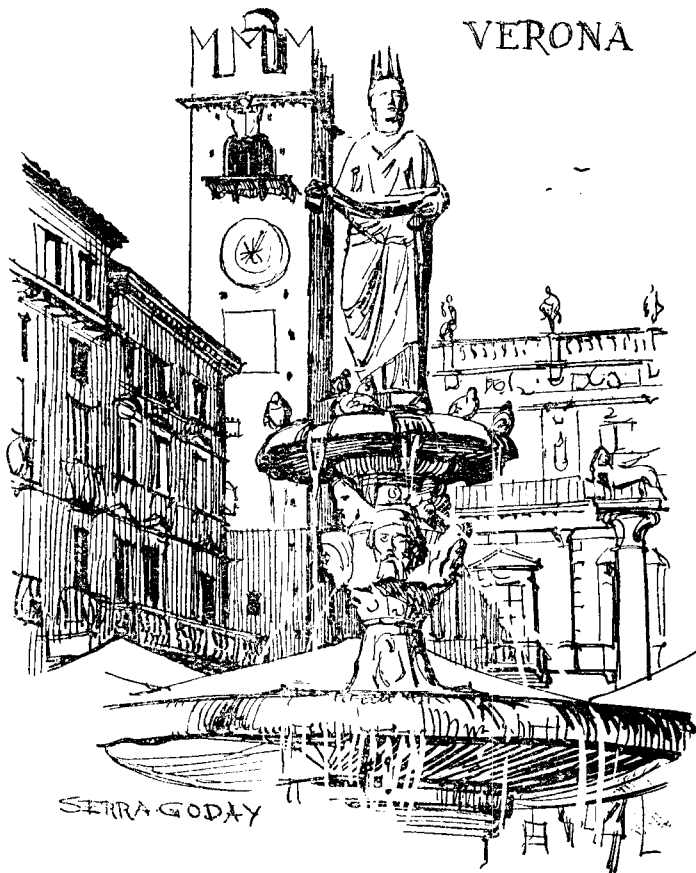
Junto a la casa de la señora Belligoli había una tasca concurrida por gentes sencillas, por trabajadores. Al día siguiente comimos allí. Nos sentamos a la mesa con dos chóferes.

El pueblo sencillo de estas tierras no se cierra al extranjero. Sobre todo, si advierte que es de un pueblo amigo. Los italianos consideran en mucho la amistad de un español.

Recuerdo que, tiempo atrás, la víspera de Navidad de 1933, me ocurrió algo que me hace comprender mejor la amabilidad de esos chóferes de la tasca. Me había empeñado en la idea de oír la Misa del Gallo en el Convento de San Francisco, donde el Santo de la perfecta alegría había inventado siglos atrás el encanto del "Presepío". Llegué a Greccio Bajo fatigado, después de una caminata por los senderos franciscanos... La senda que trepa al Monasterio de Fonte Colombo estaba llena de grietas de hielo. Los delgados hilos de agua que bajan por la cuesta pina se habían trocado en cristal duro... Al fondo del paisaje, de árboles escuetos, como en una pintura japonesa, la montaña nevada del Terminillo.

Estaba fatigado, y por el camino se me hizo noche. Vi una puerta de cristales iluminada. Un viejo "barbón", con un vaso de vino en la mano, me saludó con alborozo.

La familia celebraba la Nochebuena. Llenaron de estrellas y de copos de lana un abeto.



He dicho que aquellos chóferes de la tasca de Verona me recordaron a las buenas gentes de la posada de Greccio.

El dueño me dijo:

— Al verle, me ha parecido que era un francés... Pero mucho mejor si es español...

Esas gentes no me parecen recelosas, cerradas... Confían sus cosas con extraordinaria facilidad. Nos hablan de sus problemas: sociales, sindicales, políticos, económicos, individuales...

Un obrero veneciano, que me ayudó a salir del laberinto de calles donde me había extraviado, me contó — con puntos y comas — todas las pugnas y los problemas de la ciudad.

Sienten gran entusiasmo por la música. En una taberna de Venecia, junto a la estación, un mozo robusto nos sirvió embutido y media botella de vino. Los hombres se apretaban alrededor de las mesas. Charlando con indolencia... O callando largamente. De pronto uno de ellos rompió a cantar.

Las gentes del Véneto sienten pasión por los espectáculos de Ópera. La representación de *El Trovador*, de Verdi, en un escenario montado en la Arena de Verona, se me ha convertido en una experiencia inolvidable. Es como un inmenso rito lleno de belleza.

Las gradas del circo se van llenando de público. Mi mayor sorpresa fué advertir que la Ópera en la Arena no era un espectáculo para turistas: era algo que quería y necesitaba el pueblo.

En las cercanías del circo se pararon numerosos autocares procedentes de los pueblos. Estamos en lo más alto de la gradería. A nuestras espaldas la piedra del circo cortada verticalmente como un abismo sobre las torres y los tejados de Verona.

Vendedores de naranjada y vendedores de rajadas de limón. Gastan veinte liras para deshacer un pedazo ácido de limón en la boca.

Y uno piensa que esto es como si en una pequeña ciudad catalana, como en Granollers, se celebrara un festival de Ópera, y fueran los payeses de San Celoni y Breda y las gentes de Vallgorgina, de Llinás, de Calella y Arenys de Mar, los que pagaran el espectáculo.

Y esto es como si el escenario no fuera una improvisación barata de fiesta mayor, sino la obra de un gran escenógrafo.

Pero de pronto ha ocurrido algo que no volveré a olvidar. Era como si las graderías del circo girasen rápidamente, vivas — con niños, hombres, mujeres, y con los mil colores de las ropas, blanco, colorado, amarillo, sonrosado —. Era como si esas manchas de vida y esas innumerables cabezas girasen sobre las gradas. Pero de pronto se apagan las luces y se hace el silencio...

Y brota — en el anfiteatro — un amplio palpitar de llamas menudas.

Cada espectador ha encendido una candela. Las innumerables candelitas tiemblan, palpitan en el amplísimo anfiteatro como en un rito ancestral.

Uno comprendía entonces todo el significado — profundo y desconcertante — de aquella Verona, que es el corazón del Véneto... Y esto se sentía con más intensidad cuando en el escenario, al apagarse el río de blancas luces, empezaba la aventura romántica del Trovador.

El alma del arte

Verona es clásica y romántica. Y en esto radica su encanto más intenso.

Los festivales de Ópera habían reunido en Verona a gentes de todas las comarcas del Véneto.

Se sentía latir — en las llamas del anfiteatro y en las aclamaciones y en los gritos de "bis, bis" con que el público invitaba a un tenor a repetir un recitado — la cultura

arraigada profunda y simplemente, como algo eminentemente natural, en un pueblo sencillo.

Este pueblo es natural hasta en su cultura, que tiene raíces antiquísimas.

Y no dejamos de comprenderla cuando nos ponemos en contacto con la belleza de estas piedras.

En la *Piazza Erbe* se alza mayestática la estatua de una matrona romana: *Madonna Verona*. *Madonna Verona* es como la encarnación en piedra de la ciudad.

Pero *Madonna Verona* en la romántica *Piazza Erbe* no está lejos de la pequeña iglesia románica de Santa María la Antigua.

Nada más fascinador, más increíble, que Verona de noche.

Al irrumpir en la *Piazza Erbe*, nos sentimos en un escenario de ensoñación. Como si el imposible escenario de una historia romántica que no ha pasado del teatro, del libro o de la imaginación, se convirtiera de pronto en realidad.

Los palacios con amables arcos de elegantes ojivas: pórticos y ventanas graciosas alrededor de la plaza. Y una torre de esbeltas masas geométricas sube como si se moviera y fuera cambiando de posición.

La *Piazza Erbe* está llena de grandes quitasoles. De día se celebra aquí un mercado. Después de la Plaza Dante, nos encontramos con un espectáculo de alucinación.

No tardamos en dar con la iglesuca de Santa María la Antigua. En plena calle, las tumbas de los Escaligero: un paisaje de tumbas, portales, patios y ventanas góticas, bajo una luz vacilante.

Del arco de la Costola, cuelga una costilla de ballena.

Durante el día el espectáculo cambia. La alucinación se convierte en luminosidad. En gozo y optimismo. Es un gótico — éste de Italia — que nos habla del gozo de la vida temporal.

Es como si un pueblo de mercaderes y artistas se hubiera creado una maravilla de belleza para la vida de la tierra.

Pero este gozo de la vida temporal, no sólo se respira en los palacios. También en iglesias. Como esta amplísima iglesia románica de San Zeno el Mayor.

Las iglesias del Medioevo italiano están inundadas de claridad. Sin las tinieblas densas que apesadumbran el Medioevo francés y el catalán. Y San Zeno — esta bellísima construcción de tres grandes naves — se nos antoja un navío de luz.

En estos templos lo temporal y lo eterno se dan un abrazo. Como esas gentes del Véneto, que viven la religión con una extrema naturalidad — como un episodio más de su vida —. Como la continuación de una vida que ya ha empezado y como si entre la tierra y el cielo no hubiera separación.

La ciudad de San Marcos

Venecia es tan insólita y tan turística, precisamente por su falta de occidentalidad. La Plaza de San Marcos se me antoja un poco una creación genial con afligranada alma de bazar oriental. Un espectáculo que provoca nuestro asombro, pero que está lejos de nuestra sensibilidad.

Si he de decir la verdad, comprendo mejor el palacio del Dux. Más sobrio, más claro: hasta en el matiz de los calados dulces de la piedra. No tiene el abigarramiento de oros y mosaicos que deslumbran cuando los hieren los últimos resplandores del sol.

Hablando de Venecia, hay un peligro: el de reducirla a la ciudad de los canales. El de contentarnos con evocar el campanil de San Marcos (sobre el cual la luna — como canta un poeta — es un punto sobre una I), y los canales y las góndolas.

Claro que es inolvidable la visión del Canal Grande,

del que emergen palacios de alabastro, y de las negras góndolas, con gondoleros tocados por un sombrero de paja del que cuelga flotando un lazo rojo o azul. De noche los palacios del canal se iluminan desde dentro, desde el corazón de sus calados de mármol, y flotan en las aguas negras y pesadas.

Sin embargo no hay que olvidar la Venecia de las "calles". Ese laberinto de estrechos callejones en que nos perdemos con facilidad. Y sobre todo, la calle de la Mercería. La angosta y larga calle de la Mercería que se rompe en ángulos, que está llena de escaparates y es un río de bullicio y de animación.

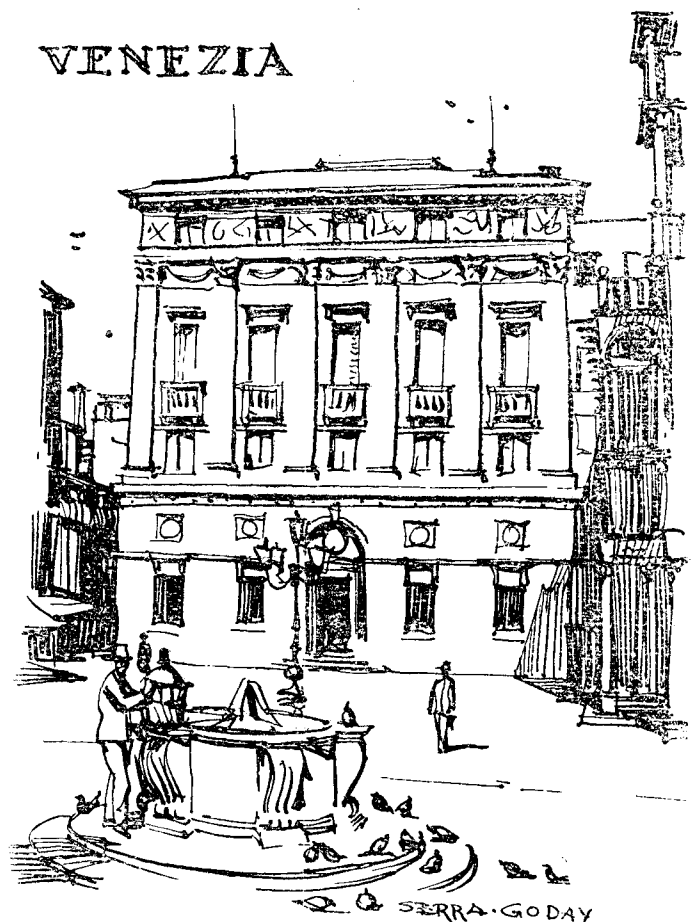
El alma del Véneto

He evocado algunos paisajes — tierra y ciudad — del Véneto. Porque el Véneto es la Patria del gran santo de la Iglesia Católica, Pío X.

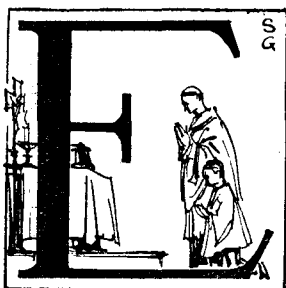
Si la gracia trabaja sobre la naturaleza, todo cuanto haya podido influir en el desarrollo de una naturaleza es importante para la comprensión de una santidad.

Pío X nació en Riese, fué capellán en Tombolo, Párroco en Salzano, Canónigo en Treviso y Patriarca de Venecia... Nació y vivió en el Véneto, y el acercarnos — aunque sea de una manera tan rápida — al alma del Véneto, ha de ayudarnos a comprender su grandeza de hombre elegido de Dios.

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL



I. SANTIDAD SACERDOTAL



EN contraste con los documentos de Pío IX, en que se reflejan y palpitan de continuo las contingencias históricas del momento; y con las grandes exposiciones doctrinales de León XIII y más tarde de Pío XI, la lectura de San Pío X revela primordialmente este carácter “eminente práctico” que indican sus biógrafos y con que Pío XII acaba de definirle en la homilía pronunciada la tarde de su canonización.

Pío X se muestra en seguida como hombre de gobierno. En la empresa educativa que fué toda su vida, llama la atención hasta qué punto puso en práctica la mejor — por no decir la única — pedagogía: hacer, como el Divino Maestro, que el ejemplo preceda a la palabra; o mejor dicho, que la palabra brote de una convicción tan arraigada, que antes que en ella se ha manifestado ya en las propias acciones. “San Pío X aplicó a sí mismo antes que a los otros” su programa”, acaba de decirnos el Papa en el discurso citado.

De esta indisoluble unión de la norma y la vida proviene sin duda la gran impresión de sinceridad que producen todas sus exhortaciones. Su doctrina, sentida y practicada antes de ser expuesta e impuesta, brotaba de la abundancia de su corazón; era ciertamente un “verbum cordis” y por lo mismo, aquel “verbum spirans amorem” que constituye, según San Agustín, la palabra perfecta; la palabra que conmueve y convence, la palabra eficaz a la que tan sólo la protervia es capaz de resistir.

Ello es especialmente exacto tratándose de la santidad sacerdotal que, “como humilde párroco, como Obispo y como Sumo Pontífice, Dios “le destinaba a encarnar” (Pío XII, loc. cit.). No cabe duda, en efecto, que San Pío X era exactamente aquel Sacerdote que, según la doctrina por él profesada, el Sacerdote debe ser. Sus exhortaciones se nos antojan el más perfecto autorretrato, que nos le da a conocer mejor que cualquier biografía de un amigo fiel. ¿Cuál es este retrato?

Suspendido entre el Cielo y la tierra, el Sacerdote es un hombre crucificado. Él encarna en el Mundo al mismo Cristo; por esto debe participar de sus sentimientos, de su mismo querer, ya que esto es lo propio de la amistad perfecta. Pero la acción sacerdotal por excelencia de Jesucristo es la acción de la Cruz; por esto, el Sacerdote debe crucificar con Cristo no sólo sus vicios y concupiscencias, sino sus comodidades y gustos legítimos. Como una cruz acepta José Sarto el Episcopado primero, el Pontificado después: “accipio in cruce”, exclama entre lágrimas, y sólo la obediencia a la voluntad de Dios, el ejemplo de Cristo, “obediente hasta la muerte”, le deciden: “hágase vuestra voluntad”.

Contemplemos un poco al Sacerdote José Melchor Sarto practicar la doctrina de la Iglesia sobre el Sacerdote; una doctrina que, en su mismo decir, “podría parecer quizá excesiva a ciertos espíritus”. Veámosle hecho puro ins-

trumento en las manos de Dios, en quien sólo tiene puesta su esperanza — esta esperanza cuyo símbolo: el áncora, quiso imprimir en su Escudo episcopal. Y siendo la perfección del instrumento la total sumisión a quien lo maneja, José Sarto es un instrumento de continuo abnegado, pues “en la abnegación se contienen principalmente la fuerza, la virtud y el fruto todo del oficio sacerdotal”. (Ex. cit.). José Sarto, Sacerdote, no se pertenece a sí mismo, no se busca a sí mismo. Por esto no come. No duerme. No ahorra. No calcula. No mide sus fuerzas. No tiene respeto humano. No pierde la serenidad ni el buen humor. Súbdito, obedece con prontitud y entusiasmo. Prelado, exige obediencia. El tiempo se multiplica entre sus manos. Su acción, como la acción de Dios, será fuerte y suave a la vez: “mano de hierro en guante de terciopelo” decían, algunos, de él. Capaz de emprenderlas a puñetazo limpio, siendo aún joven sacerdote, con dos blasfemos, de llevar las andas del féretro de un apestado en tiempo de epidemia, o (de nuevo según Pío XII) de “enfrentarse con cualquier autoridad humana”, se encuentra mejor que en ninguna parte entre los pobres y los niños, a los que atrae su bondad y su solicitud. Pocos resisten a su ascendiente personal, al poder de sugestión que brota de su personalidad, magníficamente dotada.

Y sin embargo, sabe muy bien que Dios no se apoya en nuestras cualidades personales. Su humildad se expande, en consecuencia, en un espíritu profundamente sobrenatural, en una piedad tierna y sencilla, en una oración ininterrumpida, de la que no le apartarán los asuntos más graves.

Así llegamos al punto en que más íntimamente se unifican su vida y su obra: la santidad sacerdotal. Tal la doctrina, tal el hombre; tal el hombre, tal la doctrina. Porque esta santidad sacerdotal que fué la suya, está por otra parte en el centro de sus preocupaciones, en todos los cargos pastorales que la Providencia le llamó sucesivamente a ocupar. Sus exhortaciones al clero, en estas diversas circunstancias, son emocionantes:

“El sacerdote debe ser santo — escribe en una Pastoral siendo Obispo de Mantua; debe comportarse con seriedad, de suerte que sus palabras, su presentación y su conducta le atraigan el amor, le concilien autoridad, le granjeen el respeto. Debe recordar que un exterior digno y perfectamente regulado es una especie de eficaz elocuencia para ganar las almas, el más persuasivo de los discursos. Nada hay que inspire más confianza por parte de un eclesiástico que el ver que no desmiente nunca la dignidad de su estado...; por el contrario, si desmiente la santidad de su carácter, si no muestra en su comportamiento externo más gravedad que la de ciertos seglares, incurrirá en el desprecio de aquellos mismos que aplauden su ligereza, y que del desprecio a la persona descenden muy pronto al del ministerio y aun de la misma religión.”

Igual enseñanza difunde, siendo ya Papa; por ejemplo, en su famosa Exhortación al Clero católico:

“...Comenzaremos, queridos hijos, excitándoos a la santidad de vida que requiere vuestra dignidad.”

"Quienquiera, en efecto, que ejerce el sacerdocio, no lo ejerce solamente para sí mismo, sino también para los demás... El Sacerdote es la luz del Mundo, la sal de la tierra. Nadie ignora, sin duda, que esto consiste principalmente para él en comunicar la verdad cristiana; pero, ¿es posible ignorar también que este ministerio es casi inútil si el Sacerdote no corrobora con su ejemplo lo que enseña con la palabra?... Parecidamente, si descuida la santidad, el Sacerdote no podrá ser la sal de la tierra, pues lo que está corrompido mal podrá preservar a lo demás de corrupción. Y donde falta la santidad, es inevitable que la corrupción se introduzca..."

Al ver exigir a sus Sacerdotes esta perfección, se ve la grandeza del amor que les profesa. De un amor que quiere verles a la altura de su ministerio "Entre todo hay algo que especialmente Nos preocupa: que los Sacerdotes sean absolutamente tales cuales deben ser según su estado." (Exh. cit.). Tal como la Iglesia lo concibe y expone en su doctrina. ¿Y cuál es esta doctrina? "Héla aquí sumariamente expuesta: entre el Sacerdote y una simple buena persona ha de haber tanta distancia como entre el Cielo y la tierra..." pues "la ausencia de santidad es funesta en un Sacerdote", y no sólo para él, sino para los demás cristianos." (Exh. cit.)

El secreto de esta santidad es la vida interior (Pío XII, Disc. cit.). De ella brotará el apostolado de San Pío X, y ella es lo que en este mismo apostolado se propondrá principalmente difundir. En este carácter se resume la esencia del mensaje de San Pío X para el mundo de hoy, nos acaba de decir Pío XII:

"He ahí la predicación suprema y más general que Pío X dirige en la hora presente a todas las almas desde la altura de la Gloria. Como apóstol de la vida interior, Él se sitúa, en la era de la máquina y de la técnica, como Santo y el guía de los hombres de hoy; pues la vida interior no es un bien fundamental solamente para los corazones consagrados al Señor, sino una necesidad de todo cristiano a quien Dios llama a la salud eterna. Sin vida interior, cualquier actividad, por preciosa que sea, se degrada..."

En esta celosa y vigorosa defensa por parte de Pío X de la vida interior de los fieles, pero especialmente de los Sacerdotes (Exh. cit.) debe inscribirse de una parte su condenación de la "doctrina extrañamente perniciosa y errónea según la cual el mérito de un Sacerdote consiste únicamente en entregarse a la utilidad de los demás, consagrando todas sus fuerzas a cultivar y practicar las virtudes activas" (Exh. cit.); y de otra parte, también su condenación del modernismo; toda vez que activismo y modernismo son, uno y otro, una falsa reacción contra la dejadez y la rutina, que entrañan, como éstas, graves peligros para la vida interior: dado que por su medio suele penetrar en las almas selectas el espíritu mundano.

También de esta vida interior misma han aparecido monstruosas deformaciones en nuestro tiempo. Por ello es preciso entenderla correctamente como vida de unión con Cristo. Estamos, pues, nuevamente en el punto de partida.

Mas ello nos autorizará, seguramente, a concluir que al definirle Pío XII como "Apóstol para nuestro tiempo de la vida interior", está interpretando en realidad el sentido último de la que será, una vez elevado a la Cátedra del apostolado supremo, la divisa de su Pontificado: "Instaurare omnia in Christo"; ya que el Reino de Cristo está principalmente en lo íntimo de las almas. — J. BORILL.

TRES ANECDOTAS DE LA VIDA SACERDOTAL DE SAN PIO X

El Sacerdote

MEDIO PARA TI Y MEDIO PARA MI

La vicaría de Tómbolo era una pobre vicaría y harto escasas eran las rentas de su titular, pero en las manos de don Sarto se hacían todavía más escasas y lo poco que tenía no era suyo, sino de los más necesitados, a los cuales acostumbraba decir: «*Mientras yo tenga, comamos juntos*».

Un día, un pobre hombre le pidió diez liras para trasladarse a Verona en busca de trabajo.

—Con mucho gusto, si las tuviese — respondió, con un vivo acento de conmiseración, don José —; pero no tengo dinero.

—¿Tiene maíz? — repuso aquel hombrecillo.

—Maíz, sí — añadió el sacerdote de corazón de oro.

—¿Puedo disponer de él, ahora?

—¿Ahora? — concluyó el santo —. Vete a casa y tráete un saco.

Aquel hombre no se lo hizo repetir. Fué a su casa y volvió con un saco.

Don Sarto lo acompañó al granero y, delante de un montón de grano en el que había poco más de una fanega, dijo:

—¡Medio para ti y medio para mí! ¿Qué te parece?

Aquel pobrecillo sintió que en la garganta se le hacía un nudo.

Y se sintió conmovido hasta el llanto.

(De la obra del P. Dal Gal «San Pío X»)

El Obispo

CON ESTOLA O SIN ESTOLA

En una ocasión en que había una gran afluencia de hombres que querían confesarse, el obispo, entre los sacerdotes que se prestaban para este ministerio, había descubierto uno que demostraba gran ansiedad y no acababa de decidirse.

—¿Por qué no confiesa, reverendo?

—Porque no hay estola, Excelencia.

—Bien, pero ¿no está usted, que es sacerdote?... Confiese, confiese y verá como todo irá bien.

(De la obra del P. Dal Gal «San Pío X»)

El Papa

MAÑANA TODOS DIRAN SU PRIMERA MISA

Al día siguiente de mi ordenación sacerdotal por el Eminentísimo Cardenal Merry del Val — cuenta el actual Arzobispo-obispo de Barcelona — fui presentado con otros once compañeros al Papa de la Eucaristía, y salí de aquella audiencia con más admiración, más amor y más veneración hacia Pío X, por lo oído y acaecido, de lo que guardo imborrable recuerdo que a lo largo de mi vida

sacerdotal mucho me ha ayudado a ser fiel a mi vocación.

Referiré esta sola anécdota: Preguntó el Papa al Rector del Colegio, que nos acompañaba, cuando celebraríamos nuestra primera misa, y el rector le contestó que en días sucesivos a partir del día siguiente, 5 de mayo. «¿Están todos suficientemente preparados para la celebración de la misa?» «Sí» — contestó el rector —. «Así, pues — repuso rápidamente el Papa —, domani diranno tutti la sua prima

messa, mañana todos celebrarán su primera misa; ningún sacerdote — añadió — que esté en condiciones de celebrar, ha de dejar de hacerlo ni un solo día». El tono de su voz, la expresión de su rostro y todo su continente exterior demostraba cuán hondamente sentía lo que intimaba. Estoy seguro que en mi ánimo y en el de mis compañeros influyó poderosamente el recuerdo de esas palabras de Pío X, para no dejar de celebrar la santa misa, sino en caso de verdadera imposibilidad.

(Del prólogo del Arzobispo-Obispo de Barcelona a la obra del P. Dal Cal «San Pío X».)

SAN PIO X, MAESTRO DE VIDA INTERIOR

II. LA COMUNION DE LOS NIÑOS



La misión de todo sacerdote es conformar su vida apostólica a las enseñanzas de Jesucristo para continuar la obra de salvación que vino a traer al mundo. Cuánto más lo será en la persona del Sumo Sacerdote, Vicario en la tierra del mismo Cristo, y cabeza visible de la Iglesia por Él establecida!

Respecto a los niños, parte la más delicada y prometidora del rebaño a él confiado, la norma recibida puede resumirse en las palabras dirigidas a los apóstoles con ocasión de rodear al Maestro aquel grupo de pequeñuelos que bulliciosamente irrumpían a su paso: “Dejad que los niños vengan a Mí...”

San Pío X entendió la lección y la puso en práctica del modo más sencillo y trascendente a un tiempo: con el decreto “Quam singulari”, de 8 agosto 1910, en que, prescindiendo de costumbres y tradiciones que parecían inviolables, fijaba *alrededor de los siete años* la edad en que los niños debían ser admitidos a la Comunión, para acercar sus almas a Jesús y apresurar así su intimidad vivificadora.

En el discurso de Canonización dice S. S. Pío XII: “Multiforme es ciertamente la acción que puede desarrollar un Sacerdote para salvar al mundo moderno, pero existe una, sin duda la más digna, la más eficaz, la más duradera en sus efectos: hacerse distribuidor de la Eucaristía, una vez que él mismo se ha nutrido abundantemente de Ella.”

* * *

Cierto día recibe Pío X en audiencia a una señora inglesa. Viene acompañada de su hijito de cuatro años.

El Santo Padre entabla conversación con el pequeño:

—¿Cuántos años tienes?

—¡Cuatro! — responde la dama por el niño —. Dentro de dos o tres, espero haga la primera Comunión.

Sonríe el Pontífice y vuelve a dirigirse al niño:

—¿A quién se recibe en la Sagrada Comunión?

—¡A Jesucristo! — contesta el pequeñín sin titubear.

—¿Y quién es Jesucristo?

—¡Jesucristo es Dios!

El Padre Santo se yergue y dice suavemente a su madre:

—Tráigamelo mañana y yo mismo le daré la Comunión.

Sucedió así, en efecto. El pequeño comulgó de manos del Papa.

Desde entonces, ¡oh!... Cuán puras alegrías han proporcionado a Jesús y a sus ángeles las primeras Comuniones de los niños inocentes, cuando todavía su alma está limpia y pura como el rayo del sol...

* *

Pío X sabía que su Decreto había ocasionado una oleada de sorpresas y discusiones. Hablando con Monseñor Chasnelong, Obispo de Valence, le dijo: “En Francia se critica duramente la Comunión infantil que Nós hemos decretado, pero diremos que gracias a ella muchos niños serán santos y vosotros lo veréis.”

¿Quién hubiera podido decir entonces a Pío X que aquel Decreto, mediante el cual daba a las pequeñas almas redimidas la alegría inmensa de la Eucaristía en el hermoso alborear de la razón, le produciría uno de los más consoladores y conmovedores momentos de su glorioso Pontificado?

En la primavera de 1912 llegaban a Roma, procedentes de la nación de Clodoveo y de Luis IX, 400 niños que habían recibido por vez primera la Sagrada Comunión, para expresar al Papa la alegría y el reconocimiento de todos los niños franceses y presentarle un álbum con la firma de 135.000 de sus coetáneos que habían ofrecido su primera Comunión por las intenciones del Sumo Pontífice.

El Superior General de los Asuncionistas, que conducía aquel cándido ejército, después de la Misa, celebrada por el Emmo Cardenal Vannutelli en la Basílica de Santa María la Mayor, decía:

“Reyes y emperadores llegan a Roma para postrarse a los pies del sucesor de Pedro. Caballeros y cruzados vienen a pedir su bendición; hombres de todos los países y de todas las condiciones han rendido homenaje al Vicario de Cristo. Pero nunca había venido una cruzada de niños a rendir gracias al Papa en su Palacio de Roma.”

Dos días después, aquellos 400 pequeños peregrinos eran recibidos en solemne audiencia en la Capilla Sixtina

y vieron la esplendorosa figura de un anciano vestido de blanco que les miraba con infinita dulzura y que les bendecía con sus cándidas manos. Escucharon la palabra, dulce y melodiosa, que repetía cosas sobrehumanas y recibieron de su mano una pequeña medalla de plata sobre la que se había esculpido: "Católicos y franceses siempre. Dios proteja a Francia." (1).

Refiriéndose a esta peregrinación, felizmente llamada "la cruzada de la blancura", un escritor de la época describía la honda impresión producida en los niños por la vista de su Santidad.

"— A penas llegaron de Roma — dice — fui yo a ver a unos amiguitos míos para hacerles algunas preguntas. No fueron precisas.

"Hablaban sin cesar de lo maravilloso que era cuanto habían visto. Pero lo mejor de todo, maravilloso hasta el punto de borrar el recuerdo de lo demás, había sido el Papa.

"No sintieron el menor temor al acercarse a él. ¡Era tan bueno!...

"Había lágrimas en sus ojos, pero muchos de los niños también lloraban. Casi todos los que se acercaban lo bastante, le pedían gracias.

"Lo mismo debía acontecer cuando los pequeños se acercaban a Jesús en Palestina..."

* * *

No es solamente para los niños que Pío X propone el remedio del divino sustento. Ya antes había publicado un

(1) De la obra «San Pío X» del P. Dal Gal.

Decreto sobre la Comunión frecuente, que es otra manera de decirnos que todos debemos entrar por el camino de la infancia espiritual para encontrar la salud.

Por esto pudo decir en la alocución consistorial de 27 de noviembre 1911, observando las condiciones en que se hallaba la sociedad:

"No hay motivo para desesperar de la salvación común cuando vemos que en uno y otro hemisferio los católicos se abrasan en amor a la Sagrada Eucaristía. Adultos, jóvenes, niños, son ahora innumerables los que no sólo aman y honran asiduamente el augustísimo Sacramento, sino que lo reciben con frecuencia, hallando en Él fe y fortaleza."

Doctrina que nos recuerda nuevamente Pío XII en el citado discurso de Canonización diciendo:

"El alma debe ahondar sus raíces en la Eucaristía, para extraer de Ella la savia de la vida interior, la cual no es un bien fundamental de los corazones consagrados al Señor, sino una necesidad de todo cristiano, a quien Dios llama a la salud eterna. Sin la vida interior, cualquier actividad, por más preciosa que sea, se degrada a la categoría de acción casi mecánica, ni puede tener tampoco la eficacia propia de una operación vital.

"Eucaristía y vida interior: He ahí la predicación suprema y más general que Pío X dirige en la hora presente a todas las almas desde la altura de la Gloria. Como apóstol de la vida interior, Él se sitúa en la era de la máquina, de la técnica y de la organización, como el Santo y el guía de los hombres de hoy."

J. M.^a M. — C. G. D.

ADORANT

Déu és aquí! Fugiu, ombres de vida,
davant Aquell qui és...
Obriu-me el fons d'abatiment sens mida,
abismes del no-res.
Dins l'avenc tenebrós de ma baixesa
postrat en sant terror,
oh abisme sense fi de la grandesa!
oh Déu! jo vos ador.
Baix del carro vivent i formidable
de vostra majestat
batega el cor en confusió inefable
d'amor i feredat.
A vostres peus, oh Rei de la victòria!
jo el tir com una flor:
passau-li per damunt en vostra glòria,
passau sobre mon cor.
Que l'esclafin les rodes sacrosantes
que aixequen pols de llum;
sols que pugua, morint a vostres plantes
donar-vos un perfum.
Sols que pugua mon cor, perdent la vida,
amb son batec final
alçar-vos una nota més sentida
dins l'himne universal.
Oh Llum de Llum, Essència tota pura!
mirau-me fit a fit,
i eclipsada a mos ulls la criatura
se perdi en fonda nit.
Massa en la boira del fondal malsana,
oprès d'enuig i dol,
entre besllums de tota imatge vana
jo us he amagat, oh Sol!

Mes ara el raig que tot error engega
vull ja, Sol adorat,
encara que amb la vista quasi cega
ne resti enlluernat.
Vull veure vostres raigs de viva flama,
oh Sol abrasador!
Cremau!... que és dolç a l'esperit qui us ama
patir més set d'amor.
Cremau, secau-me tota saba impura,
tota llecor de llim:
no és la vida d'Adam ni sa ventura
la sort que ara jo estim.
Paradís terrenal no m'aconhorta
ni en vull d'hort delitós,
que d'un altre verger m'obriu la porta,
més alt, perquè és penós.
Que ma vida se torni desolada
com un desert aquí,
sols que hi senti la viva soledada
d'amor que no té fi.
Que se ressequi al meu entorn la terra
de tanta ardor i llum:
així el cor de tot fang més se desferra
i s'alça amb més perfum!
Així a les terres d'Orient sagrades,
de dies sempre plens,
dins el cor de planures abrasades
creix l'arbre de l'encens.
Allà degota mirra que depura
i bàlsam que és consol,
perquè fa fruits de cel la terra dura
dins l'èxtasi del sol!

MIQUEL COSTA I LLOBERA

III. ACCION CATOLICA

La acción de los católicos—escribía Pío X—en cuanto debe informarse en los principios de la doctrina y de la moral cristiana, no se puede concebir en modo alguno independiente del consejo y de la alta dirección de la Iglesia, y mucho menos en oposición, más o menos abierta, con la misma.

La cuestión social y las controversias por ella suscitadas sobre la naturaleza y la duración del trabajo, el salario, la huelga, no son materias puramente económicas que puedan venir reguladas fuera de la autoridad de la Iglesia, porque el que observa desapasionadamente, comprende en seguida que la cuestión social, ante todo, es una cuestión moral y religiosa, regulándose y resolviéndose principalmente según las normas de las leyes y de las enseñanzas de la Iglesia.



UNA de las facetas más acusadas, y a la vez más emocionantes quizá, de la personalidad de San Pío X es que, instalado firme e inexorablemente en los principios, supo situarse, siempre también, en la línea de aquellas soluciones que hemos dado en llamar de índole práctica. Nos lo manifiesta, por un lado, su vida misma; bajo otro aspecto las directrices que ofreció y dictó, cuando estuvo en situación de poder ofrecerlas y dictarlas.

“Nacido entre el pueblo, habiendo vivido siempre en contacto con el pueblo y viviendo aun entonces en medio de él por razón de su alto ministerio de obispo, el Emmo. Sarto estaba en condiciones de conocer mejor que nadie las necesidades, sufrimientos y aspiraciones de aquellas gentes que vivían de sus penas, de sus fatigas y de sus trabajos.

“Por ello, mejor que nadie podía comprender que, para dar a la cuestión económico-social su solución justa, era preciso aumentar en el pueblo el sentimiento cristiano, enseñar el Evangelio como fuerza de unión entre las diversas clases sociales, llevar de nuevo a Cristo a las masas trabajadoras. Cristo, naciendo pobre y haciéndose obrero, había dado a la pobreza una dignidad nueva y un sello divino, y con el precepto de la justicia y de la caridad—consagrando el concepto connatural de justicia expresado en el *“a cada uno lo que le pertenece”*—había puesto en las manos de los ricos una fuente divina de inextinguible, de eterna riqueza.

“Sólo y únicamente con el Evangelio—*“único tratado de paz”*—se podían eliminar odios y rencores, sanar corazones lacerados por los embates de la vida y unir en torno de Cristo, con el vínculo de la caridad, de la justicia y de la paz, al rico y al pobre, al patrono y al obrero.

“Sólo y únicamente así el obrero aprendería a soportar la fatiga cotidiana sin odio y sin rencores, y el rico doblegaría su corazón al precepto expresado por Cristo: *“Quod superest, da pauperibus”*, la más bella manifestación de la verdadera igualdad y de la verdadera fraternidad cristiana.

“El Cardenal Sarto confirmó estos grandes principios de la sociología cristiana, en presencia de los más insignes sociólogos italianos y extranjeros, en el Congreso de la Unión Católica de Estudios Sociales, celebrado en Pa-

dua en agosto de 1896. Trató entonces, con palabra vibrante, de la distribución de la riqueza y de los deberes de los ricos.

“Aquel discurso revelaba con cuanta profundidad el patriarca de los venecianos comprendía las causas, las consecuencias complejas de la cuestión social y los remedios para solucionarla. Era como la rúbrica del programa que se había impuesto para la elevación moral y la mejora de las condiciones económicas de las clases obreras.

(...)”Por lo demás no perdía ocasión para estar entre los más humildes trabajadores de su pueblo. Quería mantenerlos alejados de las irresponsables ideas de los movimientos socialistas, para que no los cazara aquella turbia propaganda que, bajo la capa de reivindicaciones sociales, esparcía el veneno de la mentira y el odio.

“Era el obispo que, en nombre de la religión, santificaba toda sana actividad para el bien del pueblo. No se cansaba nunca, tomaba siempre la iniciativa, señalaba el camino a recorrer. Daba impulso al trabajo y, con sorprendente actividad y eficacia, lo llevaba a su cumplimiento. Siempre expeditivo y optimista ante las dificultades y obstáculos, fueran los que fueran.”

* * *

Pero si esto fué su vida, sus directrices y orientaciones no perdieron tampoco nunca de vista la realidad singular de los hechos.

“No faltaron los problemas gravísimos que impusieron la presencia de los católicos—y no en simple minoría—en los Consejos Municipales y Provinciales. Entre los católicos había quien sostenía que en las elecciones administrativas tenían que luchar solos, presentando listas propias, y no listas en unión con elementos honestos, sí, pero no militantes en las filas católicas, o quizá con elementos pertenecientes—como se decía entonces—a corrientes liberales moderadas.

“En Venecia, con la llegada del cardenal Sarto—hombre de larga visión y de intuición segura—, las cosas debían cambiar.

“El patriarca, que no buscaba otra cosa que el bien religioso, moral y civil de su pueblo, se propuso decididamente liberar al Municipio de la secta que en él anidaba, procurando para Venecia una administración digna de su nombre y de su historia.

“Las elecciones para la renovación del Consejo Comunal debían tener lugar en julio de 1895.

"Hacia falta prepararlas, despertando del sopor a los venecianos y excitando a la acción a los católicos.

"El cardenal Sarto no perdió un instante. Sin largos discursos, con la fuerza de un *condottiero* seguro de sí mismo, animando a los católicos venecianos a la lucha y a la victoria, dió la consigna con tres únicas palabras, sencillas, pero rígidas, alineadas como en un plan de guerra: *Trabajad, rezad, votad.*

"Sostenido por una indómita energía, convocó a su alrededor a sus párrocos y a sus sacerdotes, a sus hombres y a sus jóvenes; tuvo reuniones en su Palacio, organizó conferencias en todos los barrios de la ciudad; instituyó comisiones y subcomisiones, y, reconociendo que los católicos solos no podrían vencer, con maravillosa habilidad y audaz concepción, adelantándose a los tiempos nuevos, sentó las bases de una alianza honesta entre los más representativos exponentes del partido católico y de la corriente católico-moderada, dignos, bajo todos los aspectos, de la más amplia confianza. En tres días y tres noches, con una actividad que parece prodigiosa, escribió de su puño y letra más de 200 cartas a sacerdotes, a seglares, a asociaciones católicas y a comunidades religiosas, para que a la acción se uniera la oración, y, poniendo por encima de todo cálculo humano la profundidad de su fe, lanzó un reto preciso y resuelto a la masonería."

* * *

Las cosas, de hecho, eran totalmente distintas cuando, siendo ya Papa, hubo de encontrarse ante una situación que afectaba radicalmente a la esencia misma de la Acción Católica.

"Pío X, que conocía desde hacía mucho tiempo las opuestas tendencias que latían en la acción de los católicos, porque había participado en ella en Mantua y Vene-

cia, apenas elevado a la Cátedra del Sucesor de Pedro, hizo oír su voz y manifestó con claridad su pensamiento.

"Paró los pies, sobre todo, a aquellos que, encubriendo turbiedades, propugnaban un partido demócrata-cristiano, independiente de la obra de los Congresos y Comisiones Católicas de Italia. Con fecha 7 de septiembre de 1903, envió, por su entonces prosecretario de Estado, Mons. Merry del Val, una carta al obispo de Orvieto, en la cual deploraba como "sumamente irreverente y rebelde a toda autoridad" un artículo aparecido en este sentido en un periódico de aquella ciudad.

"El Padre Santo — escribía Mons. R. Merry del Val —, con la más absoluta desaprobación por todo lo que viene expuesto en aquel artículo, me autoriza a declarar que no reconocerá nunca ninguna obra de acción popular cristiana que no se inicie y no sea obediente a la Obra de los Congresos Católicos, por lo cual recomienda a los clérigos y a los sacerdotes que no tomen parte de ningún modo en asociaciones que, bajo el nombre de "partidos". llevan la división a los ánimos y la escisión en el campo católico, destruyendo aquella unidad y aquella caridad que son los únicos caracteres distintivos de los verdaderos cristianos."

"Ante todo — dice San Pío X —, ya que la Acción Católica constituye un verdadero apostolado a honor y a gloria del mismo Cristo, para perfeccionar este apostolado nos es necesaria la gracia divina, la cual no se da al apóstol que no esté unido a Cristo. Sólo cuando hayamos formado a Jesucristo en nosotros, podremos más fácilmente introducirlo en la familia y en la sociedad. Por ello, cuantos son llamados a dirigir y a promover el movimiento católico, deben ser católicos a toda prueba, convencidos de su fe, sólidamente instruidos en las cosas de la Religión, sinceramente obedientes a la Iglesia y en particular al Vicario de Cristo en la tierra."

F. H.

«PASE DE MI ESTE CALIZ»

La mañana del 3 de agosto de 1903, estaba el Cardenal Patriarca de Venecia sumido en profunda oración en la Capilla Paulina del Vaticano. Estando en oración, un joven prelado se le acerca: es Monseñor Merry del Val, que lleva al Santo purpurado un mensaje del Cardenal Decano: tiene que preguntarle si continúa oponiéndose a su propia elección para el Supremo Pontificado, y si desea que en la próxima reunión se haga una declaración pública en ese sentido.

"Me arrodillé a su lado — dice el Cardenal Merry del Val — y en voz baja le manifesté la comisión que me había sido encargada.

Su Eminencia, apenas oyó mi embajada, levantó la cabeza y volvió lentamente su vista hacia mí, mientras sus ojos derramaban copiosas lágrimas.

Ante una tan grande angustia, ahogaba casi mi respiración, esperando una respuesta suya.

— Sí, sí, Monseñor — me dijo dulcemente —; diga al Cardenal Decano que me haga esta caridad.

En aquel momento, me pareció que repetía las palabras

del divino Maestro en el Huerto de Getsemaní: "Transeat a me calix iste".

Las solas palabras que yo tuve fuerza para pronunciar, y que me vinieron espontáneamente a los labios, fueron éstas:

— Eminencia, tenga ánimo; el Señor le ayudará.

El Cardenal me miró atentamente con aquella mirada suya profunda, que, por una admirable disposición de la Providencia, tenía que conocer yo tan bien, y me dijo simplemente:

— Gracias, gracias.

Escondió de nuevo el rostro entre sus manos y continuó su oración.

Yo entonces me retiré.

Unas horas más tarde, y antes de que el Cardenal Decano hubiese podido comunicar al Sacro Colegio el firme propósito del Cardenal Sarto de no aceptar el Pontificado, cedía a las vivas instancias de sus Eminentísimos Colegas, y después de la reunión del mediodía, era ya cierto que al día siguiente sería elegido Papa con gran mayoría de votos."

SAN PIO X

¿UN GOLPE DE ESTADO DE LA PROVIDENCIA?

Decimos esto, porque, en principio, la Providencia no parece gustar de ellos. ♦ Mejor dicho: de hacer ostentación de tales golpes. Algún día, cuando por la misericordia de Dios, allá arriba, veamos su acción a través del Mundo, del Espacio, de la Historia, y aun de la pequeña historia de cada uno de nosotros, átomos en la inmensidad, admiraremos más de un golpe de éstos, pasado inadvertido, ignorado. ♦ Mas el hecho cierto es que la Providencia gusta, mejor, el esconderse.

Por ello no sólo no prescinde de todos los factores humanos, de todo cuanto, a buen título, puede calificarse de prudencia humana, sino que los quiere, los utiliza, los recomienda. ♦ En los complejos tiempos modernos, el camino natural de las cosas parece exigir, mejor dicho, normalmente exige, que la persona humana designada por Dios para ser su Vicario en la Tierra, proceda de un origen, disponga de una preparación, ya en general desde la cuna, que roce lo que llamamos mundo de la diplomacia, del intelecto, de la academia. Todos los Papas de estos últimos tiempos, atestiguan una preparación que, humanamente hablando, sólo es asequible de hecho al proceder de una familia noble o cuando menos situada en una posición social adecuada.

Todos los Papas, menos uno. Y precisamente, el que más se ha distinguido por su mayor santidad — nota, salvando el mayor criterio de la Iglesia, distintiva en toda la ilustre serie de Pontífices que Dios nos ha deparado desde hace muchos años —, tanto, que ha sido el único Papa que ha conseguido el honor de los altares desde hace más de tres siglos. ♦ San Pío X era el mismo «Beppi», el piadoso y listo hijito del pobre alguacil de Riese, ínfimo lugar perdido en la campiña véneta. El mismo que, para ahorrar zapatos, se descalzaba camino de la escuela.

Esta desventaja en el humilde origen, no había de impedir que, por su esfuerzo, trabajo e inteligencia, alcanzase el Seminarista de Padua, el Coadjutor de Tómbolo, el Párroco de Salzano, el Canónigo de Treviso, el Obispo de Mantua y el Cardenal de Venecia, las más altas cumbres del saber y de la erudición humanos. Pero alguna honrosísima huella había de dejar el que lo debía todo a su propio esfuerzo: que aquí sí que bien cabe el ya excesivo tópico del «self made man». Una laguna característica que delata cómo en su juventud no tuvo facilidades...; no hablaba el francés.

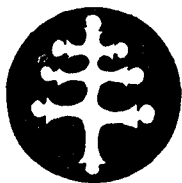
Bien conocida, la anécdota. En el Cónclave de 1903, cuando entre los Cardenales, por su virtud, quizá nada más que por su virtud, empezaba a sonar el nombre de Sarlo, se acercó a éste el Cardenal de Burdeos. ♦ ¿Vuestra Eminencia es, sin duda, Arzobispo en Italia? ¿De qué Diócesis? ♦ No hablo francés, respondió el futuro Pío X en italiano. Soy Patriarca de Venecia. ♦ ¿Y no habláis francés? Por tanto, no sois papable, pues el Papa debe hablar francés. ♦ Ciertamente, Eminencia. No soy papable, Deo gratias.

Para la incorregible pedantería gala, es incomprensible esto de un Papa que no hable el francés. Pero el Espíritu Santo, por lo mismo que posee el Don, en su plenitud, de infinitas lenguas, no se detendrá por tan menguado escrúpulo cuando tiene decidida su elección. ♦ ¡Un Papa que no habla francés! Mas no concluía aún aquí, el «escándalo».

Mediaba ya el Cónclave, y la prudencia humana, muy respetable cuando humildemente, llegado el caso, sabe inclinarse ante la Divina, señalaba como candidato al Cardenal Rampolla. Ilustre hombre, Secretario de Estado con el glorioso Predecesor León XIII, de virtud y de categoría señaladísimas, era, sin duda ninguna, «papable». ♦ ¡Mas he aquí otro Golpe de Estado de la Providencia, que sabe tanto de jugar con la libérrima voluntad humana, a la que se complace en dejar sola, por cuanto no necesita de ella!

Los votos parecían, decimos, declararse por el Cardenal Rampolla. Éste, desde el menguado punto de vista de la humana política, parecía inclinado amigo de Francia. Y estábamos en 1903, cuando los Imperios Centrales hacían gala de su influencia. Si Alemania era protestante, Austria-Hungría, siquiera la única entre las que entonces se llamaban grandes potencias, era oficialmente católica. Su Emperador, como lejano sucesor de aquél que investía en otro tiempo el Sacro Imperio Romano Germánico, pretendía poseer un derecho de veto de exclusión, reliquia de un triste pasado de ingerencias del poder civil dentro de la Iglesia, que tristemente el Monarca de Viena — de otra parte, menester es decirlo en su honor, sinceramente cristiano — venía a reclamar. ♦ Levántase el Cardenal Puzyna, de Cracovia, entonces aún ciudad imperial: «Juzgo un honor haber sido designado por un superior altísimo para rogar a Su Eminencia, en su calidad de Decano de la Iglesia Romana, que se tenga informado, y se sirva declarar oficialmente por autoridad de Francisco José, Emperador de Austria y Rey de Hungría, que Su Majestad, usando de su derecho y privilegio, pronuncia veto de exclusión contra mi Señor Eminentísimo Cardenal Mariano Rampolla del Tindaro.» ♦ Replica indignado el Cardenal Decano Oreglia: «Esta comunicación no puede ser escuchada por el Cónclave, ni a título oficial ni a título oficioso, y no será tenida en cuenta.» ♦ Pero ataja, por así decir, la cuestión el mismo Cardenal Rampolla, con inmensa dignidad: «Lamento el atentado que se ha cometido contra la libertad de la Iglesia y la dignidad del Sacro Colegio por parte de una potencia civil y protesto energicamente. Por lo que toca a mi humilde persona, declaro que nada más honroso ni más alegre podía sucederme.»

«¡Felix Culpa!» La Providencia utilizaba poco más que un viejo resabio del antiguo Régimen: lo suficiente, sin embargo, para que en su delicadeza suprema, rechazase el egregio Rampolla la dignidad que le ofrecían sus Eminentísimos Hermanos, y le reiteraban con mayor motivo. ♦ Esta eliminación providencial fué un aldabonazo, quizá, si falta hiciera, para que todos los Cardenales viesen cuán necesario era buscar un Candidato santo e independiente, alguien que sólo soñase en el Reino de



Dios y su justicia, puesto que las demás cosas, con esto, vendrían por añadidura. ♦ Conocido es el resto de la historia de aquel memorable Cónclave: los propios esfuerzos del Cardenal Sarto para rehuir la Tiara, no hicieron más que confirmarle, a los ojos de todos, como el hombre evangélico por excelencia que Dios mismo señalaba.

1903-1914. ¡Cuán bien vemos, ahora, la especialísima providencia de Dios para depararnos un Santo en la Catedral de Pedro, para aquellos años definitivos!

Sí. ¡Lo vemos bien! ♦ En 1914 acaba toda una época, todo un libro de la historia de la Humanidad. La Revolución francesa había, es verdad, derrocado el Viejo Régimen, pero, en alguna forma, éste había permanecido aún, en la sociedad brillante que fenecía. La Democracia parecía haber llegado a un cierto compromiso con aquél, pues persistían aún Cortes magníficas, uniformes brillantes en un mundo que, en lo material, reunía a todas las «ventajas» del moderno adelanto, todo el esplendor de viejas épocas. Aun los ejércitos y las escuadras desfilaban alegremente, en la época feliz del vals, mientras el vapor y la electricidad daban a una Humanidad, que no se daba cuenta del abismo que ante ella se abría, una prosperidad y un bienestar que coronaban la historia de la Civilización. ♦ Mas todo aquello finió con unos pistoletazos en Sarajevo. ♦ Preludio éstos de una Primera, de una Segunda, casi de una Tercera Guerras mundiales, y de una crisis y de unas angustias a las que no se ve el fin.

Y aquella Monarquía, la primera directamente herida por los pistoletazos de Sarajevo, había sido la que, providencialmente, con su impertinente veto, había abierto los caminos de Dios para que aquel pequeño «Beppi», el antiguo chiquillo hijo del alguacil de Riese, otrora súbdito de Su Majestad Apostólica antes de la unidad italiana, dirigiese el timón de la Iglesia en aquella Década decisiva que señaló todo el fin de un gran Tiempo. Aquellos franceses que no comprendían a un Papa que no hablase francés, habían de coronar de espinas la labor del nuevo Pedro en aquellos años trascendentales, con renovadas infidelidades de la «Fille Aînée de l'Eglise». Y, cuando en años de brillo y de esplendor inigualados, como son los de las cosas que van a finir, las Cortes de Europa brillaron como nunca, es cuando la Providencia dispone que un pobre campesino ascienda al Trono que nunca bambolea, al único que había de conservarse a través de la tempestad que amagaba. Que, significativamente, murió de dolor en 1914, al ver como, con el gran desastre, morían, en las trincheras, tantos de sus hijos.

Sí. Ahora se ve bien la necesidad. Cómo Dios proveyó a la Iglesia de un Pontífice, ni por asomo tenido por francófilo ni germanófilo, ni por tío ni troyano, mas sí hombre de Dios, deseoso de instaurar todas las cosas en Cristo, para unos momentos en que toda una Civilización, como a la que nunca llegó la Humanidad, ni quizá vuelva a ella — hoy los jóvenes ignoran lo espléndido, materialmente hablando, que era el mundo en 1914, y los viejos ya no lo recuerdan, cansados de tanta sórdida plebeyez como la actual —, iba a hundirse. ♦ ¿Fué, con el regalo de un Santo, un broche de oro el que Dios quiso dar a Europa? Evidentemente que no. Fué el Operario atento a renovar, a rejuvenecer la Ciudad Santa en víspera de nuevas y jamás vistas vicisitudes, lo que la Providencia dispuso.

Ahora se ve bien. Se ve claramente. Porque, además, en esta Canonización no veneramos solamente a Pío X como San Pío X, sino al ungido ejemplar que, antes de llegar a la máxima plenitud del Sacerdocio — en Orden y Jurisdicción —, recorrió, por designio de la Providencia, todos los escalones, desde monaguillo — si queremos ver en este oficio un gracioso símbolo — hasta el Cardenalato Patriarcal de Venecia y, de aquí, a la Catedral Suprema. El Sacerdote total de la blanca veste, es la misma persona que fué ejemplar Sacerdote, humilde Coadjutor en Tómbolo, Párroco en Salzano, Canónigo en Treviso, Obispo en Mantua, Arzobispo Patriarca en la Ciudad de los Dux. Es todo el Sacerdocio, en su escala rigurosamente completa, el que santamente desempeñó el mismo Siervo del Señor que ahora vemos elevado a los Altares. ♦ Y, Sacerdote pleno, con su ejemplo, con sus enseñanzas, con su labor apostólica y enérgica, es quien deparó a su Iglesia una savia, juvenilmente renovada, de virtuosa jerarquía, que asegurase un firme derrotero a la Nave de Pedro, cuyo timón empuñó con tanto vigor.

¡Cuán cierto es que, en la Iglesia, existe esta cosa — aquí la única auténtica — que alguien se ha atrevido a llamar democracia, cuando se advierte que el pueblo sano y sencillo jamás yerra en sus criterios, porque sobre los humildes es donde con mayor complacencia se posa el Señor! ♦ Durante años enteros, en el Vaticano, el emocionante proceso, incesante a todas horas, de quienes lloran, de quienes sufren, de quienes rezan, ante la tumba del Santo Papa Pío X, ha constituido un plebiscito, grato a los ojos de los Angeles y de los Santos, que, como en las épocas de oro de la Iglesia, provocaba canonizaciones por «aclamación.» ♦ Y, ¿sería ahora, impertinencia nuestra — cuando quizá alguien pretende esconderle tras una cortina de silencio —, recordar a aquel íntimo, santo en la acepción humilde del pueblo, colaborador de San Pío X, nuestro Cardenal, honra de España, Merry del Val, cuya tumba estaba a la vera de la del Papa? Espectáculo gracioso a los ojos de Dios, y de los ángeles, éste también, en una Europa aún fastuosa y aristocrática, y en un mundo ya «moderno» y avanzado, ante Cortes subsistentes y brillantes, y una Finanza y una Industria colosales ya, espectáculo gracioso el de ver, en el Timón de la Nave, asistir, al hijo del humilde alguacil de Riese, en todo momento, con devoción y sacrificio sin pareja, como sirviente, el hijo de los Grandes de España. Si alguien echase a faltar la aristocracia de la sangre — ¿no era esencialmente señor, y aristócrata, de natural, el campesino de Riese? — en la Corte Pontificia de la primera Década del siglo, es que, ignorante de árboles genealógicos, no conocía el abolengo de Monseñor Merry del Val, cuya cuna mecieron las orquestas de los mejores hoteles y embajadas de Europa, y en cuya limpia sangre confluía la de los más ilustres apellidos del Continente.

San Pío X. En cuya Canonización convergen, así el homenaje a sus virtudes, como la consagración de todo este supremo ideal que no sueña más que «instaurar todas las cosas en Cristo», más que nunca vivo, más que nunca actual. A este homenaje y a aquella consagración se suma humildísimamente, pero gozosa y fervorosa como nunca, «CRISTIANDAD». ¿Sería quizá atrevido decir que jamás nuestra Revista había sentido, tan en sus entrañas, este gozo y este fervor como ahora? — L. C. V.

SANTO DADO POR LA PROVIDENCIA A NUESTRA EPOCA Y GUIA PARA LOS HOMBRES DE HOY

Alocución de Su Santidad exaltando las excelsas virtudes de Pío X al elevarlo al honor de los altares (29 de Mayo de 1954)

Fausto y memorable día

Esta hora de espléndido triunfo, que Dios, exaltador de los humildes, ha preparado y como adelantado, para sellar la ascensión maravillosa de su fiel siervo Pío X a la gloria suprema de los altares, colma Nuestra alma de gozo, del cual, Venerables Hermanos y amados hijos, participáis vosotros tan abundantemente con vuestra presencia. Damos, pues, fervientes gracias a la divina bondad por haberNos concedido el vivir este acontecimiento extraordinario; tanto más, cuanto que, por vez primera quizá en la historia de la Iglesia, la formal canonización de un Papa, es proclamada por quien tuvo en otro tiempo el privilegio de estar a su servicio en la Curia Romana.

Fausto y memorable es este día no sólo para Nós, que lo contamos entre los más felices de Nuestro Pontificado, a quien por otra parte la Providencia había reservado tantos dolores y preocupaciones, sino también para la Iglesia entera, que, reunida espiritualmente en torno a Nós, exulta al unísono con una intensa emoción religiosa.

Dios atestigua la santidad eminente de su siervo para bien de los hombres de hoy

El nombre tan querido de Pío X atraviesa, en este radioso atardecer, de un extremo al otro toda la tierra, pronunciado con los acentos más diversos; y despertando por doquier pensamientos de celestial bondad, fuertes impulsos de fe, de pureza, de piedad eucarística, resuena como testimonio perenne de la presencia fecunda de Cristo en su Iglesia. Con generosa recompensa, al exaltar a su siervo, Dios atestigua la santidad eminente por la cual, más aún que por su cargo supremo, Pío X fué durante su vida el campeón ilustre de la Iglesia, y, por lo mismo, es hoy el Santo dado por la Providencia a nuestra época.

Por eso deseamos que contempléis precisamente desde este punto de vista la gigantesca y dulce figura del Santo Pontífice, para que, cuando las sombras de la noche hayan caído sobre esta jornada memorable y se hayan apagado las voces del inmenso hosanna, el rito solemne de su canonización permanezca como una bendición en vuestras almas y como prenda de salvación para el mundo.

EL PROGRAMA DE SU PONTIFICADO: «INSTAURARE OMNIA IN CHRISTO»

El programa de su Pontificado lo anunció él mismo solemnemente con su primera Encíclica ¹, en la que declaraba ser su único propósito *instaurare omnia in Christo* ², es decir, recapitular, volver a llevar todo a la unidad en Cristo. Pero ¿cuál es el camino que nos franquea el acceso a Jesucristo?, se preguntaba él, mirando con amor a las almas descarriadas y vacilantes de su tiempo. La respuesta, válida ayer como hoy y en los siglos venideros, es: ¡la Iglesia! Por eso su primera solicitud, mantenida sin cesar hasta la muerte, fué el hacer que la Iglesia fuese en concreto cada vez más apta y más dispuesta para llevar a los hombres hacia Jesucristo. A este fin concibió la atrevida empresa de renovar el cuerpo de las leyes eclesiásticas, para conferir así al entero organismo de la Iglesia un funcionamiento más regular y mayor seguridad y agilidad de movimientos, según lo requería nuestro mundo externo, lanzado hacia un dinamismo y una complejidad cada día mayores. Es muy cierto que esta empresa, definida por él mismo «*arduum sane munus*», estaba en consonancia con su sentido eminentemente práctico y con su carácter vigoroso; con todo, no parece que la sola consideración de su temperamento pueda dar la explicación última de la difícil empresa. La fuente profunda de la obra legislativa de Pío X hay que buscarla, sobre todo, en su santidad personal, en aquella persuasión íntima de que la realidad de Dios, por él sentida en una incesante comunión de vida, es el origen y la base de todo orden, de toda justicia, de todo derecho en el mundo. Donde está Dios, allí reina el orden, la justicia y el derecho; y viceversa, todo orden justo, tutelado por el derecho, manifiesta la presencia de Dios. Ahora bien, ¿qué institución en la tierra debía manifestar más eminentemente esta fecunda relación entre Dios y el derecho, sino la Iglesia, cuerpo místico del mismo Cristo? Dios bendijo copiosamente la obra del santo Pontífice, de modo que el Código de derecho canónico continuará siendo siempre el

¹ *E supremi* del 4 de octubre de 1903.

² *Eph.*, 1, 10.

gran monumento de su Pontificado, y a él se le podrá considerar como al Santo providencial del tiempo presente.

¡Ojalá que este espíritu de justicia y de derecho, del que fué Pío X, para el mundo contemporáneo, testigo y modelo, penetre en las salas de las conferencias de los Estados, donde se discuten problemas gravísimos de la familia humana, en particular el modo de desterrar para siempre el temor de espantosos cataclismos y de asegurar a los pueblos una era duradera y feliz de tranquilidad y de paz!

La unidad de la Iglesia en su fundamento íntimo: la fe. La lucha contra el «modernismo»

Pío X se reveló también campeón invicto de la Iglesia y Santo providencial de nuestros tiempos en la segunda empresa que caracterizó su obra y que, por sus episodios a veces dramáticos, se asemejó a una lucha entablada por un gigante en defensa de un tesoro inestimable: la unidad interior de la Iglesia en su fundamento íntimo: la fe. Ya desde la niñez, la Providencia divina había preparado a su elegido en una humilde familia, fundada sobre la autoridad, las sanas costumbres y la fe misma escrupulosamente vivida. Sin duda, cualquier otro Pontífice, en virtud de la gracia de estado, habría combatido y rechazado aquellos asaltos lanzados contra el fundamento de la Iglesia. Con todo, hay que reconocer que la lucidez y firmeza, con que Pío X dirigió la lucha victoriosa contra los errores del *Modernismo*, atestiguan en qué grado ardía en su corazón de Santo la virtud de la fe. Solícito únicamente de que la grey confiada a sus desvelos conservase intacta la herencia de Dios, el gran Pontífice no conoció debilidades ante cualesquiera dignatarios o personas de autoridad, ni titubeos frente a doctrinas falsas, por más que se mostrasen atrayentes, dentro o fuera de la Iglesia, ni temor alguno de procurarse ofensas contra su persona o injusto desconocimiento de la pureza de sus intenciones. Tuvo clara conciencia de que luchaba por la más santa de las causas, la causa de Dios y de las almas. Literalmente se verificaron en él las palabras del Señor a San Pedro: «Yo he rogado por ti, a fin de que tu fe no perezca y tú... confirma a tus hermanos»³. La promesa y el mandato de Cristo suscitaron una vez más en la roca indefectible de un Vicario suyo el temple indómito del atleta. Es justo que la Iglesia, al decretarle hoy la gloria suprema, en el mismo lugar donde desde hace siglos resplandece sin ofuscarse nunca la de San Pedro, uniendo a ambos en una misma apoteosis, entone a Pío X un canto de reconocimiento e invoque al mismo tiempo su intercesión, para que aleje de ella otras batallas semejantes. La conservación de la unión íntima entre la fe y la ciencia, que fué propiamente la cuestión entonces debatida, es un

bien tan grande para la humanidad entera, que también la importancia de esta segunda grande empresa del santo Pontífice va mucho más allá del mundo católico.

La conservación de la unión íntima entre la fe y la ciencia

Doctrina, cual la del *Modernismo*, que separa, oponiéndolas la fe y la ciencia en su origen y en su objeto, opera en estos dos campos vitales, una escisión tan deletérea, «que poco más es muerte». Se han visto prácticamente sus efectos: en el siglo que corre, el hombre, dividido en el profundo de su ser, y sin embargo ilusionado aún con poseer su unidad por una frágil apariencia de armonía y felicidad, basadas en un progreso puramente terreno, ha visto quebrarse esta unidad bajo el peso de una realidad bien diversa.

Previó los peligros de la catástrofe espiritual del mundo moderno y le ofreció el remedio

Pío X con mirada escrutadora vió el aproximarse de esta catástrofe espiritual del mundo moderno, esta amarga decepción especialmente en los ambientes cultos. Intuyó que una fe aparente, es decir, una fe que no se funde en la revelación divina, sino que arraigue en un terreno puramente humano, para muchos se disolvería en ateísmo. Entrevió igualmente el destino fatal de una ciencia, que, contra la naturaleza y con voluntaria limitación, se cerraba el



Parroquia de Castelfranco donde Pío X fué ordenado Sacerdote

³ Luc., 22, 32.

DEL TESORO PERENNE

paso hacia la Verdad y el Bien absolutos, dejando así al hombre sin Dios, de frente a la oscuridad invencible en que yacería para él todo ser, solamente una posición de angustia o de arrogancia.

El Santo contrapuso a tanto mal la única posible y verdadera salvación: la verdad católica, bíblica, de la fe, aceptada como «*rationabile obsequium*»⁴ hacia Dios y su revelación. Coordinando de tal manera fe y ciencia, aquella, como sobrenatural extensión y confirmación de ésta, y ésta como camino que lleva a la primera, restituyó al cristiano la unidad y la paz del espíritu, que son premisas imprescriptibles de vida.

Si hoy muchos, volviendo de nuevo los ojos a esta verdad, casi empujados por el vacío y por la angustia de su abandono, tienen la suerte de poderla encontrar firmemente poseída por la Iglesia, deben agradecerlo a la mirada previsor de Pío X. Por haber preservado la verdad pura de todo error, él se ha hecho benemérito tanto para con los que gozan de esa verdad a plena luz, es decir, los creyentes, cuanto para con los que la buscan sinceramente. A los demás su firmeza contra el error puede tal vez que sea aún como piedra de escándalo; en realidad, no es otra cosa que un supremo servicio de caridad, hecho por un Santo, como Jefe de la Iglesia, a la humanidad entera.

LA SANTIDAD SACERDOTAL DE PÍO X

La santidad, que se revela como fuente de inspiración y guía de las empresas de Pío X ya recordadas, brilla aún más directamente en los hechos cotidianos de su misma persona. Él actuó en sí mismo, antes que en los otros, el citado programa: recapitular y llevar todo a la unidad en Cristo. Como humilde párroco, como Obispo y como Sumo Pontífice, estimó que la santidad a que Dios le destinaba era la santidad sacerdotal. ¿Qué otra santidad puede ser más agradable a Dios en un sacerdote de la Ley Nueva, que aquella que conviene a un representante del Sumo y Eterno Sacerdote, Jesucristo, el cual dejó a la Iglesia, como perenne recuerdo, la perpetua renovación del sacrificio de la Cruz en la Santa Misa, hasta el día en que venga para el juicio final⁵; y que con este Sacramento de la Eucaristía se dió a Sí mismo como alimento de las almas: «quien come este pan, vivirá eternamente»⁶.

Sacerdote ante todo del Misterio Eucarístico. La dignidad del culto, la Sagrada Comunión

Sacerdote ante todo en el ministerio eucarístico, he aquí el retrato más fiel del santo Pío X. En el servir como sa-

⁴ *Rom.*, 12, 1.

⁵ *1 Cor.*, 11, 24-26.

⁶ *Io.*, 6, 59.

cerdote al misterio de la Eucaristía y en el cumplir el precepto del Señor «Haced esto en memoria mía»⁷, se compendia su vida toda. Desde el día de su ordenación sacerdotal hasta su muerte como Pontífice, no conoció otro camino posible para llegar al amor heroico de Dios y a la generosa correspondencia con el Redentor del mundo, el cual por medio de la Eucaristía «derramó las riquezas de su divino amor hacia los hombres»⁸. Una de las manifestaciones más expresivas de su conciencia sacerdotal fué su ardiente solicitud por renovar la dignidad del culto y especialmente por vencer los prejuicios de una práctica desviada. Promovió resueltamente la frecuencia, aun diaria, de los fieles a la mesa del Señor, y condujo a ella, sin vacilar, a los niños como en brazos para ofrecerlos al abrazo del Dios escondido en los altares. Brotó así una nueva primavera de vida eucarística para la Esposa de Cristo.

La Eucaristía en la vida íntima y social de la Iglesia

En la profunda visión que poseía de la Iglesia como sociedad, Pío X conoció el poder que tiene la Eucaristía para alimentar sustancialmente su vida íntima y para elevarla por encima de cualquier otra asociación humana. Sólo la Eucaristía, en la cual Dios se da al hombre, puede fundar una vida social digna de sus miembros, cimentada antes en el amor que en la autoridad, rica en obras y enderezada al perfeccionamiento de los individuos; en una palabra, una vida «escondida con Cristo en Dios».

¡Ejemplo providencial para el mundo de hoy, en el que la sociedad terrena, que se está convirtiendo cada día más en una especie de enigma para sí misma, busca con ansia una solución sobre cómo volverse a dar un alma! Que ese mundo tome por modelo a la Iglesia reunida en torno a sus altares. Allí, en el misterio eucarístico, el hombre descubre y reconoce realmente su pasado, su presente y su porvenir, como unidad en Cristo⁹. Consciente de esta solidaridad con Cristo y con sus hermanos y fortalecido por ella, cada uno de los miembros de entrambas sociedades, la terrena y la sobrenatural, estará en condiciones de recibir del altar la vida interior de dignidad y valor personal, vida que al presente está a punto de ser arrollada por la tecnificación y por la organización excesiva de toda la existencia, tanto del trabajo como también del descanso. Sólo en la Iglesia, parece repetir el santo Pontífice, y por la Iglesia en la Eucaristía, que es «vida escondida con Cristo en Dios», se encuentra el secreto y la fuente de renovación de la vida social.

⁷ *Luc.*, 22, 19.

⁸ *Conc. Trid.*, sess. XIII, cap. 2.

⁹ *Cfr. Conc. Trid.*, 1 c.



Dibujo original de I. M.^a Serra Goday, de la obra «SAN PÍO X»
por el Padre Dal-Gal, editada por «Publicaciones CRISTIANDAD»

DEL TESORO PERENNE

De aquí se sigue la grave responsabilidad de aquellos a quienes, como a ministros del altar, compete el deber de abrir a las almas el manantial salvífico de la Eucaristía. Multiforme es ciertamente la acción que puede desarrollar un sacerdote para salvar el mundo moderno; pero existe una, sin duda la más digna, la más eficaz, la más duradera en sus efectos: hacerse distribuidor de la Eucaristía, una vez que él mismo se ha nutrido abundantemente de ella. Su obra no sería sacerdotal, si él mismo, aun llevado por el celo de las almas, pusiese en segundo lugar su vocación eucarística. Conformen, pues, los sacerdotes su mente a la inspirada sabiduría de Pío X, y orienten confiadamente hacia el sol eucarístico toda su actividad de vida y de apostolado. Igualmente, los religiosos, que viven con Jesucristo bajo el mismo techo y que se alimentan diariamente con su carne, tengan como segura norma lo que el Santo Pontífice declaró en ocasión importante, a saber, que los vínculos que los unen a Dios por medio de los votos religiosos no deben posponerse a ningún otro servicio, por más legítimo que sea, en provecho del prójimo ¹⁰.

Eucaristía y vida interior

El alma debe ahondar sus raíces en la Eucaristía, para extraer de ella la savia de la vida interior, la cual no es sólo un bien fundamental de los corazones consagrados al Señor, sino una necesidad de todo cristiano, a quien Dios llama a la salud eterna. Sin la vida interior, cualquier actividad por más preciosa que sea, se degrada a la categoría

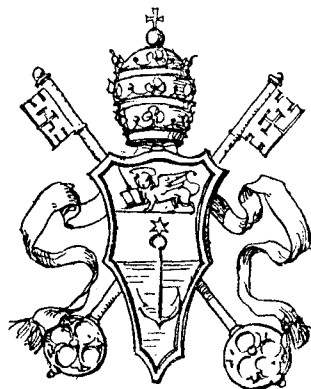
¹⁰ Cfr. *Ep. ad Gabrielem M., Antist. Gen. Fr. a Scholis Christ.*, 23 Apr. 1905. — *Pii X P. M. Act.*, v. II, págs. 87-88.

de acción casi mecánica, ni puede tener tampoco la eficacia propia de una operación vital.

Eucaristía y vida interior; he ahí la predicación suprema y más general que Pío X dirige en la hora presente a todas las almas desde la altura de la gloria. Como apóstol de la vida interior, él se sitúa en la era de la máquina, de la técnica y de la organización, como el Santo y el guía de los hombres de hoy.

Oración a San Pío X por las necesidades de la Iglesia y la humanidad

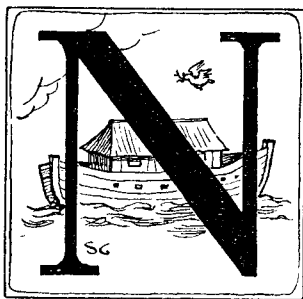
Sí, oh Santo Pío X, gloria del sacerdocio, esplendor y ornamento del pueblo cristiano; tú, en quien la humildad parecía hermanarse con la grandeza, la austeridad con la mansedumbre, la sencilla piedad con la profunda doctrina; tú, oh Pontífice de la Eucaristía y del Catecismo, de la fe íntegra y de la impávida entereza; vuelve tu mirada hacia la Iglesia Santa, a quien tanto amaste y a la que consagraste lo mejor de los tesoros que con mano pródiga depositara en tu alma la Divina Bondad; obtén para ella la incolumidad y la constancia, en medio de las dificultades y persecuciones de nuestros tiempos; sostén esta pobre humanidad, de cuyos dolores tanto participaste y que acabaron por detener las palpitations de tu gran corazón; haz que en este mundo agitado triunfe aquella paz, que debe ser armonía entre las naciones, acuerdo fraterno y sincera colaboración entre las clases sociales, amor y caridad entre los hombres, a fin de que, de esta suerte, los anhelos que agotaron tu vida apostólica, lleguen a ser, gracias a tu intercesión, una feliz realidad, a gloria de Nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y con el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. ¡Así sea!



UN PARALELO HISTÓRICO

S. GREGORIO I EVOCADO POR S. PIO X

El Centenario de San Gregorio



o había transcurrido un año desde su elevación al Supremo Pontificado, cuando, con motivo del centenario del Papa S. Gregorio I el Grande, publicó Pío X una Encíclica, el 12 de marzo de 1904, en la que le toma por modelo con un afecto tan especial, que bien puede decirse que le tomó también por especial amigo y protector.

Aquel Papa, allá en el siglo vi, habíase también opuesto con todas sus fuerzas a su elección: se sentía débil y pobre para desempeñar tan augusto cargo en circunstancias en cierto modo parecidas a las que rodearon a San Pío X. Mas, habiendo resultado inútiles sus esfuerzos, se rindió a la voluntad de Dios, y se entregó de tal manera al desempeño de su cargo, que llegó a ilustrarlo con la corona de la santidad. La coincidencia de su centenario con el primer año del Pontificado de Pío X, fué mirada por éste como misericordiosa providencia de Dios para confortarle y consolarle. Dios le había pedido el sacrificio; pero cuidaba también de consolarle.

“Es en verdad para Nos, Venerables Hermanos — dice el Papa — un aniversario dichoso el de este varón ilustre e incomparable, el Pontífice San Gregorio, primero de este nombre, del cual vamos a celebrar, por décimotercera vez, las fiestas seculares de su muerte”. Así comenzaba la Encíclica. Y seguía: “No creemos que haya sucedido sin una singular providencia de Dios, *que mortifica y vivifica, humilla y eleva*, el que, entre los cuidados casi innumerables de nuestro apostólico ministerio, entre tantas angustias que traen a nuestra alma los muchos y gravísimos negocios del gobierno de la Iglesia universal, entre las apremiantes solicitudes que nos impone el deseo de cumplir lo mejor posible nuestros deberes para con vosotros, Venerables Hermanos, llamados a participar de nuestro apostolado, y para con todos los fieles encomendados a nuestro cuidado, podamos volver los ojos desde el exordio de nuestro Pontificado a este santísimo e ilustre Predecesor nuestro, decoro y ornamento de la Iglesia. Nuestra alma, en efecto, se eleva a una gran confianza, en su potentísimo patrocinio ante Dios, y se reconforta con el recuerdo de su sublime magisterio y de las obras santas que él realizó”.

El mundo de San Gregorio

Las circunstancias del mundo de San Gregorio fueron también gravísimas. “Muy grande era la perturbación pública en el tiempo en que San Gregorio subió al Supremo Pontificado — dice Pío X —. Casi extinguida la antigua civilización, los bárbaros habían invadido la extensión del decadente Imperio romano, y especialmente Italia, abandonada por los Emperadores de Bizancio, y hecha en cierta manera botín de los lombardos, quienes no habiéndose establecido todavía definitivamente, hacían incursiones acá y allá, devastándolo todo a espada y fuego, y llenándolo todo de llanto y desolación. La misma Roma,

amenazada en el exterior por los enemigos, y afligida en el interior por la peste, las inundaciones y el hambre, había llegado hasta tal punto de miseria, que no se ofrecía ya medio de procurar la salvación de los ciudadanos y de la multitud acogida a su recinto. Era de ver gentes de todo sexo y condición, obispos, sacerdotes llevando los sagrados vasos sustraídos a la rapiña, monjas, inocentes esposas de Cristo que se libraban por la fuga de la espada del enemigo o de la torpe violencia de hombres malvados. El mismo San Gregorio llamaba a la Iglesia de Roma: nave vetusta y azotada con vehemencia, que hace agua por todas partes, y cuyo resquebrajado casco, batido por fuerte y continuada tempestad, suena a naufragio”.

La obra de San Gregorio

Sin embargo, dice más adelante, “es maravilloso ver cuánto hizo durante un gobierno de poco más de trece años. Fué el restaurador de toda la vida cristiana, reanimando la piedad de los fieles, la observancia de los monjes, la disciplina del clero, la pastoral solicitud de los sagrados obispos. Como prudentísimo padre de la familia de Cristo, defendió y aumentó el patrimonio de la Iglesia, y proveyó liberalmente, según las necesidades, al pueblo pobre, a la sociedad cristiana, a las Iglesias. Hecho verdadero cónsul de Dios, extendió la fecunda actividad de su voluntad más allá de los muros de Roma, y la consagró entera al bien de la sociedad civil. Resistió con fortaleza a las injustas pretensiones de los Emperadores bizantinos; venció la audacia de los exarcas y oficiales del Imperio, y supo poner freno a su avaricia como defensor público de la justicia social. Mitigó la ferocidad de los lombardos, no temió ir a las puertas de Roma, al encuentro de Agilulfo, para disuadirle de sitiar la ciudad, como había hecho con Atila San León el Magno. Y no cesó ni en sus oraciones, ni en sus dulces persuasiones, ni en la habilidad de su acción, hasta que vió pacificada aquella terrible nación, y organizada de manera más justa, y adherida a la fe católica, por obra principalmente de la piadosa reina Teodelinda, hija suya en Cristo.

Gracias a su celo pastoral, nunca interrumpido, fueron extinguidos en Italia y África los restos del error, y ordenados los asuntos de la Iglesia de las Galias; la comenzada conversión de los visigodos se aceleró; y la ilustre nación de los britanos, que, perdida en un ángulo del mundo, había permanecido en el culto de los árboles y las piedras, vino a la verdadera fe de Cristo.

Era la época feliz en que la civilización cristiana sucedía en el universo a la civilización romana que, gastada por el curso de los siglos, había dejado de existir”.

El poder de lo sobrenatural

Pío X se extasía ante la obra de su glorioso Predecesor: “después de tantos siglos, dice, todavía le conviene la alabanza inscrita en su sepulcro: “vive siempre y en todas partes por sus buenas obras”.

Y examina con cariño los medios de que se valió San Gregorio para hacer tan grande obra. No empleó la fuerza y el poder como los grandes del mundo, sino que fué

DEL TESORO PERENNE

el primero en llamarse “siervo de los siervos de Dios”; no se apoyó en la pura ciencia y sabidurías humanas, ni en sabios cálculos políticos y combinaciones de reforma social. “Ni siquiera, y esto es lo maravilloso —, dice Pío X — en un vasto programa de acción apostólica bien concebido, previsto en todas sus fases. Sabemos, por el contrario, que abortó en el pensamiento del fin inminente del mundo, creía que le quedaba poco tiempo para realizar grandes trabajos”. Su incommovible fe en las promesas de Jesucristo y la confianza en la asistencia de Dios a su Iglesia, fueron sus armas. Y su plan de apostolado, aumentarlas en su propio corazón, y difundirlas en los demás.

El mundo de Pío X

“El recuerdo de todas estas cosas, Venerables Hermanos, dice Pío X, Nos reconforta maravillosamente. Porque si miramos a nuestro alrededor desde los muros del Vaticano, no podemos librarnos del mismo temor que San Gregorio, y quizá mayor, tantas son las tempestades que de todas partes nos asaltan, tan numerosas las falanges aguerridas de los enemigos que nos oprimen. Hasta tal punto estamos desprovistos de todo socorro humano, que ni tenemos medio de reprimirlas, ni resistir a sus ataques”.

Ya en su primera Encíclica había dicho: “Verdaderamente en nuestros días las naciones se han enfrentado contra Dios, y los pueblos han meditado proyectos insensatos contra su Creador, y ha llegado a hacerse casi común el grito de los enemigos de Dios: apártate de nosotros. De aquí que se ha extinguido en muchos la reverencia a Dios eterno, y le han quitado de sus costumbres públicas y privadas; aún más: no se ha ahorrado esfuerzo ni artificio para abolir completamente el recuerdo mismo y la noción de Dios.

Quien considere estas cosas, necesariamente ha de temer que esa perversidad de las almas sea como el exordio de lo males anunciados para el fin de los tiempos, y que el Hijo de perdición, de que habla el Apóstol, ya esté en la tierra”.

Del siglo VI al siglo XX

En tiempos de San Gregorio, los pueblos eran rudos e incultos, no tenían letras, pero tenían sed de vida, y tuvieron vida abundante. Porque “si no puede proceder de la Iglesia otra vida que la sobrenatural, ésta contiene en sí y desarrolla las energías vitales, incluso del orden natural”.

“Nuestro siglo, en cambio, aunque goza de la luz de la civilización cristiana en un grado que no puede ni compararse con la época de San Gregorio, parece, sin embargo, que siente hastío de aquella vida, en la que únicamente hay que buscar con frecuencia, como en la fuente, no sólo los bienes pasados sino los presentes. Y no sólo, como sucedió con errores y disidencias pasadas, se aparta nuestra edad como una rama inútil, sino que busca la raíz misma del árbol, esto es la Iglesia, e intenta desecar el jugo vital para que el árbol caiga con mayor seguridad y no vuelva a germinar nunca más”.

La negación del principio sobrenatural — dice el Papa — se ha infiltrado en la ciencia, y ha negado todas las verdades que tienen alguna relación con lo sobrenatural; en las costumbres, y ha quitado todo freno a las pasiones; en las leyes e instituciones, y ha sido despreciada la justicia y la libertad natural.

San Gregorio maestro de San Pío X

Contra estos males nada puede la autoridad humana, si olvida que todo poder viene de Dios, porque la salvación sólo está en Cristo; por consiguiente, el único remedio está en reanimar la vida sobrenatural “desde el humilde artesano, que gana cada día el pan con el sudor de su rostro, hasta los poderosos árbitros de la tierra”.

Para ésto, hay que implorar la divina misericordia con oraciones públicas y privadas, “mas no basta la oración”. “San Gregorio — dice Pío X — incrimina al obispo que, por amor del retiro y de la oración, no entra en la lucha para combatir con valentía las batallas del Señor”. Claro que siempre hay que obrar con caridad y con prudencia, “pero están en un grave error — dice — los que creen que merecen bien de la Iglesia y trabajan fructíferamente por la salvación eterna de los hombres, cuando por una prudencia mundana, hacen grandes concesiones a una pretendida ciencia, llevados de la vana esperanza de ganarse más fácilmente la benevolencia de los que andan en el error. San Gregorio desconocía esa prudencia carnal. Él se ajustó al ejemplo de los Apóstoles, que, cuando se disponían a recorrer el mundo para anunciar a Cristo, decían: predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles. Esa locura y ese escándalo eran sus armas. “Mas estas armas, Venerables Hermanos —, dice el Papa — perderán toda su fuerza y su utilidad si no son manejadas por hombres que vivan vida interior con Cristo, si no están impregnados por una verdadera y robusta piedad y no arden en celo por la gloria de Dios y por la extensión de su reino. Ese fué el espíritu que San Gregorio procuró infundir principalmente en el clero, por eso su obra tuvo tal trascendencia, que “la Edad Media lleva como el sello característico de San Gregorio, a quien se debe casi todo lo bueno que hay en aquella edad”.

Al acabar la Encíclica había Pío X recorrido los principales aspectos de la obra de su antecesor, aprovechando sus ejemplos y doctrina para ir realizando su propio programa.

“Estos son los beneficios que pudo conseguir San Gregorio para su edad y para los tiempos posteriores — dice hacia el final —. También en estos tiempos estamos establecidos sobre la solidez del mismo fundamento, y con los medios de que disponemos, podremos conseguir que, si mantenemos con todo celo lo que por la gracia de Dios todavía queda de bueno, sea restaurado en Cristo todo lo que se ha desviado del recto camino.”

Sin duda fué la viva conciencia de ese sólido fundamento lo que le ayudara a superar la angustia que antes de aceptar el Pontificado sentía mientras yacía postrado a los pies del Señor en la Capilla Paulina.

P. L. C.

PENTECOSTÉS

1924º NATALICIO DE LA IGLESIA CATÓLICA

«Partos, medos y elamitas... romanos, judíos, cretenses y árabes, les hemos
»oído proclamar en nuestras propias lenguas las magnificencias de Dios».

Act. 2, 9-11

¡Pentecostés! Hombres de todas las partes del mundo civilizado — partos, medos y elamitas...; romanos y judíos..., cretenses y árabes — oían estupefactos a unos simples galileos predicar en sus propias lenguas las magnificencias de Dios... El Espíritu Santo, al fundar la Iglesia Católica, rebasa y trasciende todo nacionalismo. El es Inspirador e Instaurador de la Catolicidad y del auténtico Ecumenismo...

Unidad

Las fronteras geográficas y esas otras fronteras morales que los egoísmos han levantado con la argamasa de pecados capitales, son hoy sumamente refractarias a la iniciativa político-militar de integración y unificación del mundo llamado libre. Pero los días y los acontecimientos van evidenciando cada vez más que el miopismo y sectarismo que considera a la Nación o continente como entidades estancas, suficientes en sí e incapaces de integrarse en una unidad orgánica superior, significan un verdadero suicidio político y un atentado grave contra el bien y subsistencia de la Civilización cristiana y occidental.

Y en lo religioso, ¿qué no han significado y significan los nacionalismos, clasismos y egoísmos para la espiritual y substancial misión de la Iglesia de convertir a todos los hombres del globo no sólo en socios de una Organización político-económica, ni sólo en hermanos, sino en *miembros* vivos de un solo y único cuerpo, Cristo?

Nada más contrario a la esencia y misión sobrenaturales de la Iglesia Católica que una excesiva temporalización, un apego y subordinación excesivos de sus miembros a los intereses terrenos, al ritmo y módulo de existencia propios de una cultura, Nación, raza, clase, ideario político. Ninguna infidelidad mayor a la intención de su divino Fundador, como el que la Iglesia llegara realmente a ser algún día eso que hoy sus detractores caluminosamente propalan: Iglesia medieval, occidental, capitalista, fascista, española, francesa... De efectuarse esa excesiva solidaridad e identificación de la Iglesia con una cultura, raza, clase, nacionalidad, régimen político, etc., sus atributos y postulados más esenciales — CATOLICIDAD, UNIDAD, ESPIRITUALIDAD — resultarían rebajados y embusteros. Y su misión sobrenatural truncada y frustrada. Y su perennidad comprometida.

San Pablo sintió que debía despojarse totalmente de su yo, rango social, nacionalidad, etc., para no crear el más mínimo obstáculo a un Evangelio que no podía dejar de predicar a toda clase de personas.

Y Cristo, en su Súplica Sacerdotal y testamental, advirtió claramente a los suyos que el mundo creería en Él si ellos eran realmente *UNO*. Ese *Uno* terso y marfílico, sin la más mínima fisura que divida al rico del pobre, al judío del griego, al esclavo del libre. Ese *Uno* en el que una ardiente caridad y un único Espíritu vivificante, convirtieran a todos los hombres — cualquiera que sea su raza, nación, rango social, linaje familiar, etc. — en miembros vivos de un solo cuerpo.

* * *

Los católicos tenemos la Unidad substancial y espiritual en la fe, en la doctrina y en los Sacramentos. Esa Unidad que, más que obra humana, es patrimonio del Espíritu que vivifica y guía a la Iglesia. Esa Unidad que siempre cuenta, para el caso en que claudique lo humano,

con el empeño y palabra de honor divinos que asegurarán su perennidad. Contra esa Unidad, así defendida, ni el Protestantismo ni ningún otro enemigo podrán nunca nada.

Pero la Unidad moral o social, la armonía y concordia que ya dependen de la humana y libre generosidad y correspondencia a la acción santificadora y armonizadora de la gracia y del amor divinos, no son muy robustas entre los católicos, y en muchos son anémicas y aun paráliticas. ¡Cuántas suspicacias, incomprensiones, aversiones y aun odios entre los católicos de las diversas nacionalidades; y aun dentro de una misma nacionalidad, entre los católicos de las diversas organizaciones, profesiones, familias! Somos víctimas desgraciadas y fatales, demasiado desgraciadas y fatales, de los ambientes. Esos ambientes a los que la radio, los periódicos, etc., saturan y coloran con las ideas, prejuicios, malquerencias y benevolencias de los idearios políticos que los manipulan. Y nuestro catolicismo es a veces tan miope que no alcanza a ver la verdad objetiva en medio de esa bruma creada por la propaganda. Y es tan enano que no alcanza a ver por encima y más allá de esas barreras y fronteras geográficas o ideológicas tras de las que se acuartela la nación, el partido, la profesión, etcétera.

Los nacionalismos y faccionismos en que primero los protestantes y después las demás ideologías sectarias han ido fragmentando y pulverizando la antigua unidad jurídico-religiosa creada por la Iglesia, hoy entumece y sofoca más la vida de los católicos que la de cualquier otra religión. El Protestantismo viene luchando denodadamente, desde hace muchos años, por suplir o remediar su ingénita privación de unidad substancial y espiritual con una emergente distensión de la unidad moral. A eso llaman *Ecumenismo*. Y si, en su accidentado estadio germinal, hizo de los nacionalismos su plasma nutritivo, hoy es el principal propulsor de la Confederación jurídico-político-económica del mundo libre. Mientras que ciertos países o personalidades católicas son los que con sus miedos, prejuicios, timideces y aun egoísmos oponen a esa integración supranacional la más tenaz y peligrosa resistencia.

Pero las actitudes egoístas e individualistas resultan hoy, dado el calibre del enemigo universal, un absurdo suicida ante la razón y el natural instinto de conservación. Y si esas actitudes son mantenidas por personas que se dicen católicas, resultan además un descrédito y una ofensa a una Religión que es substancialmente Católica y *Una*, con unidad no solamente espiritual y substancial, sino también con esa otra unidad moral que armoniza las voluntades en toda la infinita gama de situaciones y ocupaciones en que le pueda colocar a cada uno su destino humano. Y sobre todo, *Una* con esa unidad real, la unidad

Orgánica

propia de un cuerpo viviente. La Iglesia Católica es un cuerpo. En ella los individuos solamente cuentan en cuanto *miembros* vivificados por un alma que es el Espíritu Santo y regidos por un cerebro que es Cristo, de quien el Obispo de Roma es su representante visible.

La Iglesia es un *Organismo viviente* con vida divina y sobrenatural. Su principio vital es el Espíritu Santo. No es una mera *Organización*, una superestructura jurí-

DEL TESORO PERENNE

dica con fines e intereses político-económicos. Como cristianos y en cuanto cristianos tenemos una vida, una dignidad, una sabiduría, un comportamiento y una finalidad que no podemos tener como simples hombres y que no pueden tener los simples hombres. La libertad, la verdad, el amor, la paz, el gozo, la fortaleza, la paciencia, etc., son frutos y dádivas de un Espíritu a quien no puede recibir el "mundo" y que se da en posesión real y perenne a los cristianos.

Quien no ha recibido ese don o quien le ha perdido, permanece en un estado de degradación, esclavitud, decepción, perplejidad, vacío. Su corazón empieza a rezumar nostalgia de desterrado y desheredado. Se le empiezan a helar las fibras y ansias más nobles y hondas de su ser: confianza, fidelidad, amor. Y en el estrato más hondo de su corazón empieza a manar una angustia espesa que comunica a su existencia un rictus siniestro, una tensión de desesperación y aun odio. Aun cuando pretenda taponar ese surtidor con toda clase de diversiones, placeres, turismos, deportes, etc., no lo logrará nunca. Está en su mano oprimir esa angustia, amordazarla, nunca aniquilarla. Fustigada, se repliega en el inconsciente y desde allí, en los momentos en que la voluntad está soñolienta o cansada, irrumpe en la conciencia, como salteador nocturno, y provoca esos estragos espantosos de histerias, neurosis, psicosis, suicidios, etc. El hombre es entonces el auténtico "hijo de ira" de que habla San Pablo.

Si nuestra Sociedad, por ser estructura del Cristianismo, está histérica y convulsa, si padece una anemia alarmante de esos bienes raíces del espíritu cristiano — verdad, gozo, paz... —; conviene no olvidar quién es el dador de todos esos dones para no seguir engañando y decepcionando por más tiempo a los hombres.

Para que el mundo crea...

El Protestantismo, con su principio de la intrínseca corrupción de la naturaleza humana y de la justificación meramente extrínseca e imputada, viene a hacer del hombre un *zoológico* en miniatura. Entre el ramaje selvático de una concupiscencia desordenada, pueden vivir las fieras de las pasiones más degradantes. Dios, para aplacar su justicia, aparta la vista de esa corrupción y la fija en el cuerpo lacerado de su divino Hijo. Eso basta. No hay regeneración, ni elevación, ni purificación del hombre degradado y manchado. No hay *sobrenaturalidad*, ni siquiera naturaleza. El hombre será siempre una *infranaturalidad* pestilente, un acumulador de pecados.

Estas premisas doctrinales envuelven ciertamente, como consecuencia inmediata e inevitable, la negación de la Iglesia como *Organismo viviente sobrenatural*. Pero el Protestantismo, sobre todo en los tiempos recientes, ha batallado poco en ese sector. Sus fobias se han desfogado siempre contra la Iglesia Jerárquico-Dogmática, más que contra la Iglesia carismática.

Más aún. La historia muestra que uno de los pretextos y soportes histórico-psicológicos en el nacimiento y consolidación del Protestantismo, así en el Continente como en las Islas Británicas, fué la *Iglesia-Organización-político-económica*. Hoy el Comunismo tiene que fingir y amasar con calumnias y difamación lo que en los siglos XVI y XVII era gruesa realidad.

Por eso, ante una Iglesia como la actual, con su soberanía y misión espirituales bien definidas y desembarazadas de toda otra involucración político-económica, ante una Iglesia *organismo viviente y sobrenatural*; el Protestantismo de izquierda pierde su máscara y tiene necesariamente que ir a encuadrarse en las filas del sectarismo. Y el Protestantismo de derechas se encuentra sin credenciales para seguir legítimamente existiendo.

Los controversistas católicos de la vanguardia son los primeros en darse cuenta del fenómeno. Y por eso proclaman que lo decisivo, que el reclamo principal para los protestantes de genuinas convicciones religiosas está en que la Iglesia Católica sea una Religión que atienda principalmente a la espiritualización y santificación de sus miembros; en que los católicos de todo el mundo — pues hoy las antenas cosmopolizan pronto el escándalo más individual y local que se pueda imaginar — vivan seriamente su fe y sean auténticos *miembros vivos* de ese Organismo vivo que es la Iglesia Católica a quien vivifica el Espíritu Vivificante.

* * *

Esto no es una Nueva Apologética sino un retorno y una restauración de aquella antiquísima Apologética de los tiempos Apostólicos. Frente a las incipientes herejías, San Pablo reaccionó con la maravillosa Teología del *Misterio de Cristo*: la Unión y comunión de los hombres en Cristo, la participación de la vida de Cristo en un Organismo viviente que es su cuerpo Místico. Y en esos mismos sentimientos humedecía San Juan su pluma para escribir el Evangelio y las Cartas del *Nuevo Mandamiento*, en una época en que pululaban los "anticristos".

Nosotros, en cambio, aturridos por la gravedad del momento y la extrema necesidad espiritual de la inmensa mayoría de la Humanidad, tantearemos métodos y tácticas apostólicas cada vez más modernos, más eficientes, más sensacionales. ¡Como si no hubiera una "herejía de la Acción" alentada por el "Demonio de la Técnica"! Los "hijos de Dios no nacen de la sangre, ni de la carne ni de la voluntad del hombre". Como la Iglesia en Pentecostés, ellos también nacen de una infusión del Espíritu. Y Dios, por ser espíritu, solamente quiere adoradores en espíritu y en verdad.

Para reconquistar a un mundo dividido por los egoísmos, la mejor apologética es la que emplearon los primeros cristianos para conquistar y cristianizar aquel mundo gentil no menos egoísta que el nuestro: el amor y la unión de todos. Esa fué la Apologética que Cristo plasmó en su Testamento: *que todos sean Uno entre sí y en nosotros para que el mundo crea que Tú me enviaste* (Jo. 17-21-23). Y esa es también la Apologética que el actual Pontífice reclama. El 29 de junio de 1943, en las antenas todas de la tierra se entrecruzaron los blancos y dulces mensajes de la "Mystici Corporis" con esos otros negros y estremecedores de los Partes de Guerra. Pío XII, en esa hora crepuscular de la Historia — como Cristo en la noche oscura de la Traición — elevaba al Padre la misma súplica de la Oración Sacerdotal: que todos sean *Uno* con esa unidad íntima que elimina físicamente la guerra y la discordia, *la unidad de los miembros a un mismo cuerpo*.

Desde entonces una pujante inquietud se siente bullir, con el hervor de la savia en los bosques de Primavera, en todos los verdaderos creyentes. Y una sublime Cruzada, la blanca y pacífica Cruzada del Amor y de la Bondad, disputa palmo a palmo al odio y al egoísmo la posesión de los corazones.

Nadie puede gloriarse de ser el Consejero del Altísimo. Y menos envalentonarse con la ilusa presunción de haber deletreado siquiera el más mínimo de sus misteriosos designios sobre esta Humanidad aparentemente a la deriva. Un simple albedrío humano basta para anegar en un mar de incógnitas indescifrables a todas las inteligencias más poderosas del mundo. El corazón que hoy odia, dentro de un instante puede amar. Pero, ¿quién puede predecir cuándo el odio dejará el puesto al amor? Una cosa parece cierta: *que el mejor apóstol para convertir al odio y al egoísmo es siempre el Amor*.

T. LÁUTICO, S. J.

UN GRAN MILAGRO DEL CORPUS

Tengo para mí que, excepción hecha de la Catedral de Valencia, por venerarse allí el Santo Grial o auténtico Cáliz de la Cena, ningún recinto español supera al templo segoviano del Corpus Christi en sugestión evocadora de la festividad que hoy se celebra.

La Iglesia honró siempre la institución del cuarto Sacramento — que, como dijo Vázquez de Mella, “supone la Encarnación, la Encarnación supone la Creación, y la Creación, ad extra del esplendor divino, la Trinidad, y todas ellas la existencia del Ser infinito, que todo lo contingente proclama” — si bien considerándola incluso en el ritual del Jueves Santo. Como fiesta independiente del ciclo litúrgico no data sino de comienzos del siglo XIV. En 1263, a consecuencia de las visiones que tuvo la predestinada Juliana, priora del monasterio de Monte Cornillón, el Papa Urbano IV, auxiliado por Santo Tomás y San Buenaventura, promulgó en Orvieto la Bula que instituía la fiesta para el jueves de la octava de Pentecostés; pero, muerto a poco, sus sucesores, conturbados por las luchas entre güelfos y gibelinos, no pudieron poner en ejecución aquel decreto, hasta que Clemente V, en 1305, lo reavivó, confirmando la institución del Corpus, que los Papas posteriores completaron con sus indulgencias.

A partir de entonces son numerosos los prodigios que testimonian la bondad del Altísimo para con los que sintieron reverencia y amor hacia la Eucaristía, dando así rotundo mentís a Berengario, el heresiarca galo que negaba la transubstanciación, si bien moriría contrito de su error. Hubo algunos, como el de los perros de Cartago, referido por el obispo de Mileva, que aunque acontecidos precedentemente, fué entonces cuando su trascendencia quedó bien apreciada.

Solamente enunciar los casos portentosos en que la Sagrada Hostia o el Cáliz rezumaron sangre, requeriría considerable espacio. Uno de ellos, el de la increíble mujer romana que enviaba a San Gregorio las sagradas formas por ella misma amasadas, y que en una ocasión se transmutaron en carne humana, causó enorme sensación en Europa. Pero los más tuvieron lugar en España, que no en balde sintió el profundo significado de las palabras de Jesús: “Mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, en Mí mora y Yo en él. Así como el Padre, que me ha enviado, vive, y Yo vivo por el Padre, así quien me come, también él vivirá por Mí. Éste es el pan que ha bajado del cielo. No como el maná que comieran vuestros padres, y murieron. Quien come de este pan vivirá eternamente”. Los corporales de Daroca, el sacrílego robo de Onil, el suceso de Moncada, los prodigios valencianos “dels peixets” y de la iglesia de Santa María de Jesús, y, acaso principalmente, el de Segovia, constituyen paradigmas del patrimonio de nuestro país en cuanto es símbolo, tradición y permanencia consustanciales a la Sagrada Eucaristía. Paralelamente a esa serie de milagros, de los que el Altísimo hizo intérpretes a humildes criaturas, obrábase la exaltadora ejemplaridad de quienes ya denotaban su carismática predestinación, como San Vicente Ferrer, el gran apologista eucarístico; el beato Nicolás Factor,

autor del famoso alfabeto de amor al Sacramento, y la bienaventurada Ildefonsa Artal, devotísima del mismo: valencianos los tres, e influídos, sin duda, por la posesión en su tierra del auténtico vaso llevado allí por Alfonso V de Aragón.

El gran milagro del Corpus en Segovia ha sido considerado como repetición *mutatis mutandis*, del que la tradición afirma tuvo lugar cuando San Frutos, patrón de aquella tierra, dejó admirados a los alarbes con la prueba del solípedo que, lejos de comer la Sagrada Hostia, se postuló en tierra para adorarla. El impuesto establecido por Fernando IV, que obligaba a los judíos a pagar cada año treinta dineros en memoria de los entregados al apóstol traidor por la sangre de Jesús, hizo que aquéllos extremaran su aborrecimiento a los cristianos, promoviendo revueltas que no acabarían sino con su expulsión por los Reyes Católicos. La judería segoviana urdió no pocos actos delictivos, tales que los envenenamientos del rey Enrique III y del obispo Tordesillas, atribuídos al físico o médico del primero, Mayr Alguadés, notable judío, según escribe Colmenares en su libro conceptuado como la mejor historia clásica de una ciudad española.

En 1410 el sacristán de la parroquia de San Fagun, apremiantemente necesitado de dinero, acudió a Mayr, que era también gran usurero, y, para responder de su préstamo, le entregó una Hostia consagrada, concierto nefando que tuvo lugar en la calle que por tal motivo se sigue llamando del *Mal Consejo*, junto a la Trinidad. Conseguida por el avieso réprobo prenda para él valiosa porque creyó le permitiría escarnecer al Todopoderoso, se congregó con sus secuaces en la sinagoga mayor de la ciudad, y allí consumaron su gran delito arrojándola en una caldera hirviente; pero he aquí que al momento quedaron todos sobrecogidos por un misterioso estruendo que produjo el agrietamiento de las paredes y poco menos que el hundimiento de la techumbre, mientras veían que la Hostia se libraba de la profanación elevándose, incólume, por el aire.

Tal impresión produjo en los circunstantes el portentoso milagro que huyeron de la estancia; pero el suceso trascendió, siendo a poco bien conocido. No bastó que el físico restituyese secretamente la Hostia al convento de la Santa Cruz, creyendo que así quedaría en parte exento de culpa, pues la indignación popular fué tal que pronto hubo la justicia de tomar cartas en el asunto, y aquél, convicto y confeso de su crimen, delató a los cómplices, con lo que todos los culpables fueron severamente castigados.

Entonces, a la vez que se instituyó, por voto de la ciudad, el originalísimo ofertorio anual de desagravio llamado *la Catorcena*, la sinagoga fué transformada en templo católico con el nombre de la festividad evocadora del milagro, si bien conservándose su bella factura mudéjar originaria, parigual a la de la famosa Santa María la Blanca, de Toledo, que, pese a las contingencias, ha conservado hasta nuestros días: tres naves separadas por dos hileras de arcos de herradura y pilares octógonos con capiteles de piñas y cintas entrelazadas.

ANGEL DOTOR
Académico de la Historia y Bellas Artes



También en el progreso técnico se manifiesta la Gloria de Dios

Con sus portentosos y espectaculares avances, la moderna técnica nos va seduciendo a todos. Simultáneamente, al extremarse la idea de eficacia temporal, con todo su contenido técnico y utilitario, esencial para el comunismo, vamos observando inquietudes, equívocos y confusionismos en el mundo cristiano y católico.

Demasiado creyentes en el progreso técnico, vamos poco a poco los cristianos volviendo nuestras espaldas a Dios. Mucho nos atrae el paraíso terrenal que nos brinda la técnica y, por alcanzarlo, forcejeamos con el mundo materialista en su mismo terreno y en idéntico sentido. En este forcejeo, olvidados de la naturaleza y de los fines sobrenaturales de la Iglesia, llegamos a exigirle indebidamente una rápida y apreciable eficacia temporal. Nos obstinamos torpemente en materializar y temporalizar lo que es fundamentalmente espiritual, sobrenatural y eterno.

Suprema meta del comunismo es la total eliminación del mal, incluso de la muerte, sobre la tierra. El hombre, por medio de la técnica, puede llegar a salvarse a sí mismo y convertir nuestro mundo en un paraíso sin clases sociales. Frente a esta concepción utópica de la vida y del mundo, nuevo pelagianismo materialista, los cristianos no debemos olvidar que el mal existe desde que pecaron nuestros primeros padres y que existirá mientras que el Señor no ponga fin a la existencia del mundo. Vivimos en un valle de lágrimas y de trabajo y la técnica nunca conseguirá enjugar esas lágrimas ni transformar nuestro penoso valle en un segundo paraíso terrenal. No podemos pretender, como el comunismo, la eliminación del mal sobre la tierra, pero sí debemos, como cristianos, explicárnoslo, asimilarlo, usarlo con miras a la salvación de nuestras almas. Peregrinaje y prueba es para nosotros la vida en este mundo y no nos interesa ganar lo perecedero para perder, en cambio, con nuestras almas, lo eterno. Persigue el comunismo la conquista del mundo por el hombre y para el hombre, haciendo caso omi-

so de Dios, y a los cristianos sólo nos debe importar ahora y siempre la mayor gloria de Cristo. Bien está la conquista del mundo por medio de la técnica, pero no, como absurdamente pretende el comunismo, para gloria del hombre, sino de Dios.

Para encauzar rectamente las inquietudes que el progreso técnico va despertando y evitar confusionismo, equívocos y errores en el mundo cristiano y católico, conviene hacer hincapié en nuestros principios fundamentales. A la luz de la sólida doctrina de la Iglesia, podemos perfectamente los cristianos amar, admirar y estimular el progreso técnico.

Hemos de afirmar ante todo el sentido finalista y trascendente de la historia. La historia tiene una causa final: la gloria de Cristo. Antes de Cristo, la historia espera y prepara su santo advenimiento; después de Cristo, le glorifica como Redentor. Dios creó el mundo para Cristo. Con el pecado fué diferido el divino plan: Cristo tuvo que venir a reconquistar su mundo, a redimirlo. Cuando el mundo entero, con arreglo al plan divino, haya dado a Cristo, su Dueño y Redentor, la debida gloria, es decir, cuando Cristo haya reconquistado su mundo, entonces sonará la hora de la consumación de los siglos. Al esplendor de este reinado de Cristo, fruto de su continuada reconquista del mundo, puede muy bien contribuir el uso ordenado por parte del hombre del progreso técnico. Al mismo tiempo que el hombre, por medio de la técnica, pone espectacularmente a su servicio las fuerzas temporales, debe humildemente también entregarse al servicio de Cristo y darle creciente gloria.

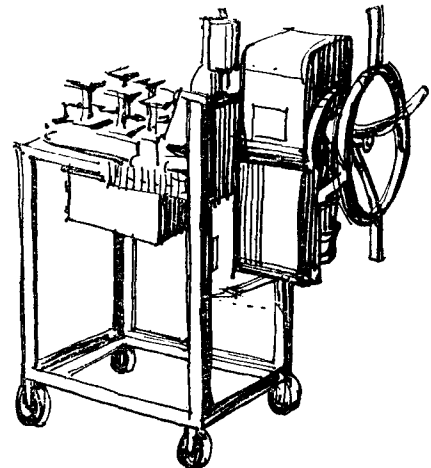
El actual paganismo racionalista es, al igual que el cristianismo, finalista, frente al paganismo de otros tiempos, que no veía en la historia más que un continuado y eterno retorno en ciclos iguales. Pero este finalismo del actual paganismo racionalista carece del sentido trascendente — la gloria de Cristo — que el cristianismo infunde a la historia y se reduce a un progreso ascendente de la

humanidad, facilitado por la técnica, hacia un mundo paradisíaco.

¡Qué duda cabe que la Iglesia es eficaz, efficacísima en el orden temporal! No hay más que abrir las páginas de la historia universal y admirar una portentosa cultura y civilización cristianas. Pero esta eficacia civilizadora de la Iglesia es consecuencia indirecta y secundaria de su primordial y directa eficacia salvadora. La Iglesia salva y porque salva civiliza. Son bien distintas en el orden temporal la eficacia indirecta de la Iglesia y la directa eficacia de la técnica. Y no cabe parangón posible entre la eficacia moral y sobrenatural — oculta e inapreciable para los ojos de la carne — de la Iglesia y la material eficacia — siempre apreciable — de la técnica. Su Santidad el Papa Pío XII puso los puntos sobre las íes, con motivo del segundo centenario de Puerto Príncipe, en 1949: "Sin duda los esfuerzos de la Iglesia miran al orden sobrenatural para hacer participar todo lo posible a todos los hombres en el beneficio de la verdadera fe y de la gracia divina... Pero al aplicarse sin desaliento y sin reservas con todo su poder y todas sus fuerzas a la prosecución de este fin, la Iglesia aporta una contribución inapreciable también al bienestar común, al interés de la cosa pública... En realidad el verdadero secreto del poder moral de la Iglesia está oculto en las fuentes de la gracia de que ella dispone, sobre todo en su fuente principal, que son los sacramentos. Por eso ella concurre indirectamente, es verdad, pero en un alto grado de eficacia al bien de la sociedad civil... Al formar al hombre en las virtudes cristianas, la Iglesia, por ese mismo hecho, le enseña a elevarse por encima de las pequeñeces del egoísmo, y, por amor de Dios, a dar al Estado lo que al Estado se le debe..."

Una cosa es que no creamos en la técnica como medio de liberación del hombre, de total eliminación del mal

Termina en la pág. 227



Un caso de conciencia literario (*)

En el número 231 de CRISTIANDAD (1 nov. 53) comenzó a aparecer el presente estudio debido a la docta y autorizada pluma del P. Arturo M.^a Cayuela, S. J., planteando una cuestión de máxima actualidad. Voces de la Jerarquía eclesiástica de nuestra patria habían llamado y siguen aún llamando la atención de los fieles sobre los peligros que lleva consigo una campaña para la reinstauración de «ídolos» que, si poseen alguna cualidad literaria, no es lo sano ni elevado y verdadero de sus ideas lo que les hace recomendables: los oropeles nunca dejarán de encubrir la corrupción interior.

Con el fin de que el lector anude más fácilmente el hilo de unas ideas que nuestro ilustre articulista había dejado a medio exponer, adjuntamos un esquema de lo ya publicado, que sin duda ayudará a orientarse en la presente lectura.

¿Es lícito, salva la conciencia, alabar públicamente los méritos literarios de escritores abiertamente opuestos a la Fe católica, al Culto católico o a la Moral católica?

I. — SENTIDO DE LA CUESTIÓN (status quaestionis)

1. — *¿De qué escritores hablamos? — No es preciso que los tales hayan sido condenados explícitamente por la Iglesia, ni incluidos en el Índice: basta que estén condenados ipso iure, a tenor del canon 1399 del «Código de derecho canónico». — Ejemplos concretos de esos escritos de que hablamos; tomados de las «Obras completas», de Ortega y Gasset.*

2. — *¿Qué entendemos por «alabar públicamente» «los méritos literarios» de tales escritores?*

3. — *Necesidad urgente de esclarecer esta cuestión por su actualidad y gravedad, y por las astutas falacias en torno de ella. — Hechos: testimonios.*

II. — PROPOSICIÓN DE LA TESIS Y PRUEBAS DE LA MISMA

1. — *PROPOSICIÓN que se ha de probar. — Los argumentos que siguen, tendrán valor para cuantos profesan la Religión Católica, integralmente profesada. Para los acatólicos no lo tendrán; pero éstos, si son de los que con sus escritos impíos o inmorales contribuyeron a pervertir a España, y fueron por ello causa de que se hiciera necesaria la Cruzada Nacional para salvar la Religión de España, si ahora indultados viven en España, por gratitud y por caballeridad han de abstenerse de escribir como antes y de loar a quienes así escriben.*

2. — *PRUEBAS. A) Pruebas de autoridad. — Nota sobre el distinto valor de las leyes, decisiones y normas de la Jerarquía eclesiástica.*

a) *Instrucción Colectiva de los Metropolitanos españoles, dirigida a los Críticos católicos (25 de julio de 1950).*

b) *Instrucción de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, acerca del género literario sensual y místico-sensual (3 de mayo de 1927).*

c) *Otras pruebas extrínsecas.*

B) *Argumentos de razón.*

a) *Argumento 1.º, fundado en la malicia del pecado de escándalo.*

b) *Argumento 2.º, fundado en la malicia del pecado de cooperación.*

c) *Argumento 3.º, fundado en los gravísimos inconvenientes que trae a la sociedad una habitualmente errada estimación de los valores superiores e inferiores, contra el criterio integralmente cristiano.*

III. — OBJECIONES

Exposición y solución de las dificultades que suelen ponerse contra la tesis.

1. — *Una respuesta anticipada. — La tesis no niega ni desconoce el mérito literario real que pueda haber en los escritores impíos o inmorales; aunque se ha de reconocer la injusticia con que se exagera el tal mérito a veces, mientras se niega o se silencia el mérito positivo, y aun igual y mayor, a veces, de los escritores católicos.*

2. — *No hay paridad entre los daños que pueden ocasionar los escritos de los clásicos paganos, recomendados con las debidas cautelas por la pedagogía católica, y los escritos de autores malos de nuestros días.*

3. — *La caridad cristiana, bien entendida, manda mirar por el bien de las almas, denunciando los escritos que pueden hacerles mal.*

4. — *El hablar contra los escritores malos, si por un lado puede despertar en algunas personas curiosidad de leerlos (y entonces serán más culpables), de hecho prevendrá contra ellos a mucha gente.*

5. — *Aunque el mérito literario, esté donde esté, merezca conocerse por quienes, dada su profesión, puedan conocerlo sin daño de sus almas; se ha de posponer a otros valores de orden espiritual mayor. Ni son esos escritores impíos o inmorales, los únicos modelos de Literatura.*

6. — *La afirmación de que hoy es imprescindible estar al día de lo que se publica, no ha de cegar para leer cualquier cosa por corrosiva que sea, ni para no ver la desigualdad de mérito aun en escritos de un mismo autor, ni para anteponer el dictado de docto y de leído al de buen católico. — Obedecer las normas de la Iglesia no deshonor, sino ennoblece, y es la más legítima ejecutoria de una noble alcurnia de Cristiandad.*

(*) El lector podrá hallar la serie de artículos dedicados a tratar de este tema en las págs. 387-89, del n.º 231, de CRISTIANDAD, 405-6, del n.º 232, 423-9, del n.º 233, 447-8 del n.º 234, año 1953, y 61-62 del n.º 237-8, de 1954.

La difusión radiofónica, en fin — por tanto admirable de nuestra época —, no se puede negar que está siendo muchas veces un instrumento excelente de cultura y de verdadero progreso, y aun de apostolado religioso; pero, conjugado con todo esto, ¡qué frivolidad y sensualidad!, ¡qué de infundios y patrañas y propagandas revolucionarias!

Hace cabalmente pocos días que nuestro santísimo Padre Pío XII, con motivo de la canonización solemnísima de «la pequeña y dulce mártir de la pureza, María Goretti», lanzaba una vez más al mundo este dolorido lamento y grito de alarma: «La conjura de las malas costumbres, valiéndose de libros, de ilustraciones, de espectáculos, de audiciones, de modas..., intenta desarraigar del seno de la sociedad y de las familias, con daño principalmente de la niñez, hasta de la más tierna, las que eran defensas naturales de la virtud» (1).

¡Lástima grande que muchos avances científicos de nuestros tiempos se conviertan en bochorno y baldón del mismo progreso de las ciencias! Y es que la humanidad no ha progresado en virtudes religiosas y morales en el mismo grado de aceleramiento con que avanzaba en la vida científica. Se echa de ver a las claras la falta de isocronismo entre el progreso material y el avance moral. De ahí el predominio de la materia, de lo positivo y de lo sensual en la colectividad. De ahí la alarmante inmoralidad social.

* * *

Ahora bien, sucede muchas veces que ciertas obras literarias o artísticas, de carácter evidentemente impío o inmoral, están escritas o realizadas con tal arte y estilo que seducen a muchos cristianos incautos, los cuales, tras el señuelo y cebo de la belleza literaria o artística, se tragan el veneno mortífero y corruptor.

Asimismo, se da el caso frecuente y lamentable de que semejantes producciones heterodoxas o inmorales encuentran eco y aplausos en escritores, oradores y publicistas católicos que, por cierto prurito y orgullo de imparcialidad, se complacen en tejer considerados elogios de las mismas por su técnica o estilo brillante; y hasta ha llegado a ponerse como de moda en nuestra patria la peligrosa tendencia de citar con encomio libros y obras de militantes heterodoxos de la hora actual, silenciando incluso producciones católicas, aunque sean beneméritas. Sin tener en cuenta que cualquier elogio así tributado, aunque vaya envuelto en muchas reservas y se limite al

(1) *L'Osservatore Romano*, de 25 de junio, 1950.

aspecto técnico y literario, siempre enaltecerá al autor de la obra elogiada, y será un estímulo en favor de ésta; estímulo tanto más eficaz y más dañino cuanto mayor sea la autoridad o ascendiente del panegirista o loador.

Esto ha motivado en más de una ocasión el que la Autoridad Suprema de la Iglesia intervenga y dé la voz de alarma, especialmente por conducto de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, que tiene a su cargo la vigilancia y proscripción de las publicaciones nocivas a la fe o a las costumbres.

Citaremos solamente — por ser el que más directamente hace a nuestro propósito — un comunicado o *Monitum* dirigido a los Ordinarios de los lugares y publicado en el órgano oficial de la Santa Sede, con fecha 15 de marzo de 1923 (2).

Dice textualmente así:

“Sucede muchas veces que escritores, aun de los que son tenidos vulgarmente por buenos católicos, en los diarios y revistas alaban, enaltecen y aprueban libros, escritos, pinturas, esculturas y otras obras de ingenio y de arte contrarias a la doctrina católica y al sentido cristiano, y aun reprobadas a veces expresamente por la Santa Sede.

Fácilmente se entiende cuán grave escándalo de los fieles, con detrimento de la fe y de las costumbres, puede brotar de aquí, si los Pastores de las almas no lo advierten y dejan pasar esto sin amonestación y castigo. Y para que tal no suceda, esta Suprema Congregación del Santo Oficio, con aprobación de nuestro Santísimo Padre Pío XI, juzga conveniente avisar a los Ordinarios de los lugares que, conforme a su deber, si averiguan que entre sus súbditos hay algunos escritores que así proceden (principalmente del clero secular o regular) no dejen de tomar, sin tardanza alguna, las medidas que en el Señor juzgaren más eficaces o por sí mismos, o también valiéndose de la cooperación de los Consejos de Vigilancia.

“Roma, en el Palacio del Santo Oficio, 15 de marzo de 1923. — R. Card. Merry del Val, Secretario.”

* * *

El Episcopado español ha juzgado oportuno y necesario recordar y urgir a todos los fieles estas graves amonestaciones de Roma, en virtud de acuerdo adoptado en la última Conferencia de Metropolitanos; para lo cual no será fuera de propósito resumir aquí, clara y brevemente, la doctrina moral acerca del pecado de cooperación y de escándalo, haciendo aplicaciones concretas a nuestro caso, y dictando normas e instrucciones a las que en esta materia han de atenerse los publicistas católicos, si es que quieren ser consecuentes con sus creencias y con su acatamiento filial a la autoridad de la Iglesia.

Nunca ponderaremos y recomendaremos bastantemente esta consigna del Apóstol de las gentes: *Omnia ad aedificationem fiant*, que todo sea para

edificación (3). Todo cristiano debe ser en el mundo un edificador de la Iglesia viviente de Cristo por el testimonio de sus virtudes, de la que es centro y madre la caridad. Los preceptos de la caridad tienden a conseguir la edificación por el doble camino de promover todo lo bueno e impedir todo lo malo. Por lo que el cristiano está obligado, en la medida de sus fuerzas, a prestar su colaboración a toda obra buena y a negar su cooperación a cualquier obra mala.

El campo de la cooperación al mal, dada la naturaleza social del hombre y su tendencia a dejarse influenciar por la conducta de los demás, es inmenso; y a buen seguro que muchos de los pecadores no pecarían, si no encontraran en el medio ambiente en que viven alguien que los indujera, alentara, o por lo menos les dejara con su pasividad libre el camino del mal. Lo cual constituye un verdadero atentado contra la vida espiritual del prójimo y se llama propiamente *escándalo*, que quiere decir tropiezo; porque, así como los tropiezos en que dan nuestros pies nos hacen vacilar y a veces caer, así el alma, en su movimiento ascensional hacia el cielo, puede ser maltratada, herida y aun muerta por el escándalo. Quien así *coopera* al pecado de su prójimo peca siempre contra el supremo mandato de Jesucristo: la caridad; pero peca, además, contra la virtud a cuya violación concurre con su ayuda.

Pecado gravísimo es de suyo el escándalo, tanto más de temer cuanto más difícil es reparar sus estragos. ¿Cómo podrá el que lo da reparar la inocencia que destruyó? ¿Cómo recoger la mala semilla que sembró? ¿Cómo detener el torrente de iniquidad de que fué origen? Y aunque no todos los escándalos sean igualmente fecundos, es indudable que de unas a otras almas se va propagando siempre el maléfico influjo. De ahí que ningún otro pecado mereció tan severos reproches y terribles anatemas de labios de nuestro benignísimo Salvador: “*¡Ay del mundo — clamaba — por causa de los escándalos!*” Dada la malicia humana y la dureza de los corazones, “*forzosamente ha de haber escándalos; pero ¡ay de aquél por quien el escándalo viniere! Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtatelo y échalo de ti; que mejor te es entrar en la vida manco o cojo, que con ambas manos y pies ser arrojado al fuego eterno*”. Y hablando del que escandaliza a los pequeños, pronunció esta terrible sentencia: “*Más le valiera que le colgasen al cuello una rueda de molino y le arrojasen al fondo del mar*” (4).

Todas las malas acciones públicas

son de algún modo escandalosas; porque, dada la corrupción de la naturaleza y nuestra inclinación al mal, no faltará quien se sienta movido a la imitación o quien padezca detrimento en la virtud. Y son reos de escándalo, no sólo los que hacen el mal, sino los que lo aconsejan, o lo mandan, o lo aplauden, o lo aprueban, o, pudiendo, no lo impiden.

Pues bien, una de las especies de *cooperación y escándalo más eficaz* es la que venimos describiendo e impugnando, de la propaganda y publicidad de escritos, obras y películas de tipo heterodoxo o inmoral. Hay católicos que piensan ser buena táctica de combate mostrarse condescendientes y comprensivos con los enemigos de la verdad, para atraerlos así al buen camino. Pero una cosa son las personas, con las cuales siempre se ha de tener consideración, y otra sus errores y extravíos y el peligro que éstos envuelven para las almas.

Oportunamente recuerda el Santo Oficio, en su Instrucción del 3 de mayo de 1927 (5), que las cosas inmorales y obscenas, por muy artísticamente que se presenten, no dejan de serlo. Más aún: la forma artística con que se presentan es un nuevo y poderoso incentivo de las pasiones desbordadas. Denuncia dicha Instrucción los peligros y estragos tan terribles que en todas partes está causando esa ola de literatura obscena, pornográfica, procaz, que ha invadido todos los sectores y ambientes sociales; exhorta severamente a los sagrados Pastores a que vigilen y repriman por todos los medios tan grave mal; y amonesta a los escritores y publicistas católicos para que en absoluto se abstengan de leer, propagar o recomendar tan inmundas lecturas, aplicando la conocida sentencia del Evangelio: “no se puede servir a dos señores”, a Dios y a la lujuria, a la religión y a la impudicia (6).

* * *

Expuesto lo que precede y para no prolongar excesivamente esta nuestra Instrucción, pasamos a concretar las *normas morales* por las que se han de regir periodistas y publicistas católicos en sus críticas, recensiones y anuncios de escritos, obras o películas de carácter heterodoxo o inmoral.

1.^a Dado el inmenso daño que para la fe y las costumbres envuelve cualquier género de escritos contrarios a la fe o a la moral cristiana, deben los católicos considerar como función de caridad materna la vigilancia y solicitud de la Iglesia en la prohibición de libros y publicaciones, aceptándola con docilidad filial; no leyendo, ni reco-

(2) A. A. S., 1923, pág. 152.

(3) 1. Cor., XIV, 26.
(4) Mat., XVIII, 6-9.

(5) A. A. Sedis, 1927, pág. 186.
(6) Mt., XI, 24.

mendando, ni divulgando, obras contrarias a la concepción cristiana de la vida y del mundo.

2.^a Al hablar o escribir sobre libros, dogmática o moralmente reprobables, han de proceder con justicia, sí, pero con caridad hacia sus oyentes o lectores, expresándose de modo que éstos entiendan fácilmente dónde se encubre el veneno, dónde los errores y peligros para la moral.

3.^a Deben abstenerse los críticos y publicistas católicos de elogiar *aun la parte puramente literaria o artística* de libros, obras teatrales o películas inmorales o heterodoxas; pues esto constituye una *tentación* en que se pone a sus lectores. Y especialmente en periódicos destinados a toda clase de personas, la narración de aspectos reprobables, la exaltación de valores artísticos, necesariamente arrastra a muchos a leer la obra o ver el espectáculo.

Téngase presente y cúmplase a la letra esta preciosa regla que el Papa Pío XI a este propósito daba a los periodistas: "No escribir jamás ni una sola palabra que implique recomendación del vicio o menosprecio de la virtud" (7).

4.^a Ciertamente que la impugnación de autores, obras o películas no debe hacerse en tal forma que redunde en propaganda de lo mismo que se condena, contribuyendo indirectamente a aumentar su prestigio y nombradía. Mas no por eso el crítico católico puede

(7) En su discurso ya citado a los representantes del Congreso Internacional de la prensa cinematográfica, pronunciado el 11 de agosto de 1934.

eximirse de poner bien en claro el aspecto moral, y hacer resaltar con razones lo reprobable de la obra o exhibición. Y si la malicia y corrupción de muchos que gozan revolcándose en el fango de la inmoralidad tomase de ahí mismo ocasión y estímulo para leer o ver lo que se reprueba, podrían muy bien aplicarse aquellas palabras del sagrado libro de Ezequiel: "*Si, habiendo tú amonestado al malvado, no se convierte él de su maldad y de sus perversos caminos, él morirá en su iniquidad, pero tú habrás salvado tu alma*" (8).

5.^a Dado el carácter de servicio público informativo de las llamadas "carteleras de espectáculos", podrán publicarse insertando en ellas toda clase de obras o películas, a excepción de las "carteleras" correspondientes a aquellos locales que habitualmente están dedicados a la exhibición de inmoralidades. Pero en la Prensa católica debe ponerse a continuación la censura moral — de la Iglesia — de cada uno de los espectáculos anunciados.

6.^a "La Prensa católica — son las palabras del Papa — ha de estar exclusivamente al servicio de la verdad, de la justicia y de la paz. Ha de tener el valor, aunque sea al precio de sacrificios pecuniarios, de proscribir implacablemente de sus columnas toda publicidad, todo anuncio injurioso para la fe o la honestidad" (9).

(8) Ez., III, 19.

(9) Del discurso de su Santidad Pío XII al Congreso Internacional de Periodistas Católicos, febrero 1950 (Cfr. Ecclesia, año X, n.º. 450, pág. 201).

Consiguientemente:

a) En ninguna sección de anuncios o de reclamos podrá publicarse nada que en el texto o en el grabado contenga algo inmoral.

b) En ningún caso se pueden publicar anuncios ni reclamos de espectáculos inmorales.

c) Tan sólo en el caso en que sea cierta la moralidad de un espectáculo, podrá anunciarse con reclamo; para lo cual deberá ponerse la máxima diligencia en conocer con anticipación la moralidad o inmoralidad de aquél.

d) Si en algún caso, hechas todas las gestiones y diligencias, no ha sido posible averiguar de antemano la moralidad del espectáculo, que permanece incierta, y se siguiere grave daño de negarse a insertar el reclamo, podría admitirse; pero previniendo a los lectores que se hace únicamente por vía de información y sin que esto signifique recomendación alguna.

e) Ni pretenda nadie excusarse con que todos los espectáculos pasan hoy por censura oficial. Si bien es cierto que un Estado católico, como el nuestro, debe prohibir lo gravemente inmoral, no puede una censura civil ser tan exigente como la censura de carácter religioso, dedicada a orientar y formar la conciencia de los fieles.

ARTURO M.^a CAYUELA, S. I.

Colegio-Noviciado de Veruela
Borja (Zaragoza)

(Continuará)

Viene de la pág. 224

También en el progreso técnico se manifiesta la Gloria de Dios

y de transformación de este mundo en un paraíso sin Dios, y otra bien distinta que condenemos el progreso técnico como algo malo y pecaminoso en sí. No faltan quienes se escandalizan del progreso de la técnica — radar, televisión, energía atómica, viajes interplanetarios, etc. —, considerándolo como obra diabólica. Estos cristianos, que llegan al extremo de considerar lo material y temporal malo por naturaleza, han de advertir que pecan de maniqueísmo. El cristianismo no solamente es compatible con el progreso técnico, sino que la Iglesia debe valerle de él, sin que nadie se escandalice, en su misión apostólica y evangelizadora.

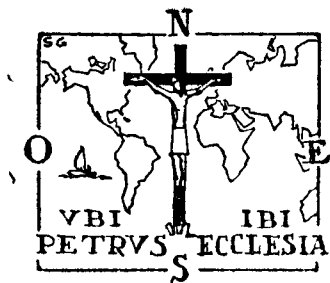
No hay por qué sacar las cosas de quicio. ¿A qué viene ese empeño de mezclar la técnica en cuestiones filo-

sóficas y teológicas? La técnica debe ser en sí extraña a todas estas cuestiones, y será cosa buena si sirve al hombre y el hombre, a su vez, con ella sirve a Dios, glorificando a Cristo, y cosa perversa si se desarrolla exclusivamente para bien del hombre, a espaldas de Dios y contra sus altos designios.

Su Santidad el Papa ha denunciado con claridad los peligros que entraña el progreso técnico de nuestra hora, pues caminamos, con la colaboración de muchos cristianos, hacia un mundo materialista, inhumano, despersonalizado, en el que, obsesionados por la técnica y su eficacia — utilidad, rendimiento, mecanización, bienestar material, comodidad —, puede hacerse muy difícil la vida sobrenatural.

Frente al comunismo, con su programa materialista de fe en el hombre y en una sociedad técnicamente organizada, monopolizador de la eficacia temporal, el mundo cristiano debe adoptar una postura sólida y clara, afirmando, por una parte, su fe en Dios y en los valores espirituales, y, por otra, su compatibilidad con los mayores avances de la técnica. No tenemos por qué ceder el campo de la eficacia temporal al comunismo, sino dominarlo también por medio de la técnica, de una técnica espiritualizada, y ponerlo humildemente, con nosotros, al servicio de Cristo y de su Iglesia. Que con el irrenunciable progreso técnico se dé gloria a Cristo es lo único que nos debe importar y pre-ocupar a los cristianos de hoy.

JOAQUÍN DRAKE DE ALVEAR



DE LA QUINCENA RELIGIOSA

San Pío X - Dónde está la Iglesia

SAN PÍO X

El suceso de la canonización de S. Pío X quedará como uno de los más memorables de la historia de la Iglesia en los últimos decenios. De cara a los que no supieron comprenderle, porque entonces, como siempre, a menudo entender las cosas pide como condición previa estar dispuesto a rectificar el propio concepto que equivocadamente se tiene de las cosas, Pío X fué el Papa de la intransigencia incómoda, de las condenaciones. Para el pueblo sencillo, en cambio, San Pío X fué el Papa entrañadamente amado. Y al decir pueblo sencillo, queremos significar a los fieles que, no obstante el diverso grado de cultura y posición, poseen esa intuición de la verdad y de la santidad que sólo da la fe aceptada íntimamente como norma de vida y de salvación. El pueblo de entonces conservó como una reliquia, a la muerte del Santo, el amor y la veneración hacia el Papa entrañablemente querido por la dulzura de su aspecto, el aroma de santidad que exhalaba su figura, por los beneficios que a los cristianos había producido aquél su afán de saciar el hambre de Dios que torturaba a una humanidad, que en aquel entonces se había adentrado ya irremisiblemente por los caminos del materialismo en todos los órdenes. Y el pueblo fiel hizo algo más que conservar ese amor: supo transmitirlo a las generaciones que poco a poco fueron surgiendo a la vida. Por eso, el clamor y la alegría populares que han acompañado en Roma a la canonización de S. Pío X, viene a ser fidelísimo trasunto del clamor y de la alegría con que la Iglesia universal ha conmemorado semejante acontecimiento. La exaltación de Pío X a la gloria de los altares ha llegado al alma del pueblo cristiano. Florece en los comentarios de las gentes que fueron contemporáneos del Papa santo el recuerdo de anécdotas que ya entonces corrían sobre la extraordinaria — y, milagro de la virtud cristiana, nunca distanciadora — personalidad de Pío X. Y hay en ellos y en los que no le conocieron, como una incesante avidez por captar mil pormenores de la vida y de la figura del Papa de la Eucaristía, que parece denuncia el deseo de todos de contemplar cerca de sí rediviva la efigie del santo bienamado.

«Vox populi, vox Dei». El pueblo fiel tenía razón, cuando llevado por la intuición de la verdad, que otorga la fe, veneraba como a santo al humilde hijo de Riese, sin parar mientes en las razones especiosas de los que le despreciaban y aun calumniaban. El anhelo máximo de San Pío X fué el de conservar y dar siempre pura la verdad de la Iglesia, y en todos los órdenes. Como ya notó Su Santidad, cuando la beatificación del nuevo santo, San Pío X, percatado de las circunstancias del tiempo, dispuso y aprestó a la Iglesia frente a ellas. Por eso, su exaltación es también la de la Iglesia.

El triunfo de S. Pío X ha sido total y completo. Hasta los que le combatieron en vida, llevados del sectarismo o dudando del acierto del Papa que condenaba, sin miramiento, los errores, con tal de preservar intacto el tesoro de la verdad, hubieron de rendirse al cabo. El P. Arín Ormazábal ha comentado en reciente artículo que publica «Hechos y Di-

chos», la opinión que S. Pío X mereció a Aristides Briand. Como homenaje a la sagrada memoria de S. Pío X queremos entresacar de allí algunas frases:

«¿El Papa? ¡Ha sido maravilloso el Papa! No siempre lo comprendí. Me ha hecho falta distanciarme un poco, que se pasara todo. Pero, con todo, lo sospeché en seguida. Es el único que vió claro. Cuántas veces en la tribuna de la Cámara, cuando tenía que enfrentarme con la izquierda y con la derecha, me daban ganas de gritarles que eran unos pigmeos, que no había más que un hombre que veía claro, uno sólo que hacía una política coherente y uno sólo que trabajaba para el porvenir, para el por-venir: ¡El Papa!»

DÓNDE ESTÁ LA IGLESIA

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia la reciente declaración colectiva de la Asamblea Plenaria del Episcopado francés, que apareció íntegra en el número 671 de «Ecclesia» correspondiente al 27 de mayo del corriente año.

La declaración puede considerarse como una clara muestra de que la Iglesia no se halla nunca al margen de las realidades que en cada momento configuran de modo especial el tiempo histórico en que toca vivir al hombre. Todas las preocupaciones que afectan al hombre, como consecuencia obligada de las circunstancias sociales, políticas y económicas en las que se halla incrustado su vivir, son sentidas también por la Iglesia, por lo mismo que necesariamente repercuten en el esfuerzo del cristiano por cumplir con su destino superior, matizándolo, a las veces, de nueva y compleja dificultad. Sin duda ninguna, la declaración del Episcopado francés viene exigida por las peculiares circunstancias que concurren en el momento actual del catolicismo del vecino país. Por obra y gracia de su capital, París, Francia se convierte en los tiempos modernos en potentísima caja de resonancia de cuantas ideas agitan o conmueven al mundo, en uno u otro sentido. El «esprit» de los franceses, de una parte, y por lo que hace al fondo de ciertas tendencias, la positiva herencia de la Revolución, tienen que ver algo — seguramente mucho — en todo eso. De ahí que las tendencias de la «comprensión» hacia el contrario, llevada hasta el extremo de no ver sus errores de mente y de acción, las que apuntan consecuencias exageradas del hecho de que los laicos o seculares formen, como así es, parte de la Iglesia, y otras conexas o inconexas con ellas, pero que en definitiva pueden ser señal de peligrosas desviaciones, dejan sentir su influencia en lugar ninguno como en Francia, cosa a la que ha contribuido últimamente en no pequeño grado la polvareda levantada en torno a la cuestión de los sacerdotes obreros.

Véase, a ese respecto, lo que dice la declaración acerca de la influencia del comunismo sobre los cristianos:

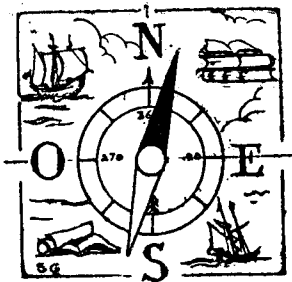
«Crean aquéllos (los influídos) que son capaces de separar del comunismo lo que tiene de ateísmo, que ellos reprueban, cuando éste forma parte integrante de aquél y se encuentra como embrionado en él. Parecen ignorar que el triunfo del co-

munismo sería el aniquilamiento seguro, en Francia, de la religión católica a la que se declaran ligados. Niegan o explican por motivos políticos, que son precisamente los de la propaganda comunista, la realidad de las persecuciones religiosas en la Iglesia del silencio. Están prestos a alistarse en toda campaña organizada por el partido comunista con fines políticos contra el atropello de una persona aquí o allá. Pero se muestran poco sensibles a los sufrimientos y al martirio de sus hermanos en la fe, al encarcelamiento de las jerarquías de la Iglesia, a la deportación de tantos discípulos de Jesucristo.»

«Pero porque la Iglesia — dicen — no es ya sólo el Papa, la Jerarquía; es «cada uno de nosotros». Se introduce así el individualismo anárquico en la Iglesia. El fin perseguido por los marxistas en el llamamiento a los cristianos es así plenamente admitido.»

Pero, nuestro comentario se intitula «Dónde está la Iglesia». Y ese título se halla imperado por una serie de reflexiones que nos sugiere la contemplación general del texto de la declaración. Se trata de que en ésta se resume la posición de la Iglesia frente a cuestiones de pensamiento y de acción que, por ser lo que podríamos llamar temas del día, encuentran a menudo eco en las páginas de las revistas y periódicos de todas las latitudes. Por desgracia el sentido del eco no es unívoco. Los mismos temas tratados por católicos suenan, con demasiada frecuencia, distinto. La Iglesia ha dicho cien veces qué debemos pensar de una civilización profana que para nada tiene en cuenta a Dios, del humanismo ateo con todas sus consecuencias y manifestaciones, del materialismo marxista, del anticomunismo negativo. La Iglesia lo ha dicho cien veces por boca de los Papas y en especial, últimamente, por la del Pontífice felizmente reinante. Ahora los preladados franceses, en una visión de conjunto, reiteran la posición de los católicos frente a todo ello. O sea: sabemos dónde está la Iglesia y sabemos qué tenemos que hacer para estar con ella y obrar de acuerdo con lo que ese estar exige. ¿Cómo evitar entonces esa sensación de cansancio frente a tanto decir y a tanto escribir, con pretensiones de hallarle un sexto sentido a lo que se ha visto clarificado, para siempre, con el magisterio de la Iglesia? Ha llegado la hora de la acción, ha dicho el Papa. Uno piensa en lo que sucedería — y es de esperar con la ayuda de Dios que suceda — si las energías que se gastan en discurrir y machacar sobre lo mismo — en el fondo sobre el alcance de a lo que nos obliga lo que nos dice la Iglesia, sobre la dificultad y el contratiempo material, incluso sobre la pérdida de muchos que parecen nuestros, que al poner en práctica lo que nos pide la Iglesia acaso surjan — las empleáramos en formar un solo y decidido frente apostólico. Sabemos dónde está la Iglesia frente a todo lo que por ser problema de nuestro tiempo nos preocupa e inquieta. Tenemos por lo tanto una bandera. Parece que no hace falta más para ir al combate. Y el combate, quiérase o no, es un hecho. Combatir cómo y según quiere la Iglesia es la única forma de no desertar. Roguemos a Dios que todos lo entendamos.

HIMMANU-HEL



DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Las relaciones entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña. — Eisenhower, la «libertad» y el apaciguamiento. — El almirante Carney cree que la guerra es inminente.

Del 16 al 22 de mayo

LAS RELACIONES ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y LA GRAN BRETAÑA

El desarrollo de la Conferencia de Ginebra ha tenido ya hondas repercusiones en la alianza que une a los Estados Unidos con Gran Bretaña.

El hecho clave que ha provocado un estado sin igual de tirantez entre los dos países anglosajones, ha sido la negativa rotunda del Gobierno británico a participar en unas conversaciones militares encaminadas a estudiar la situación en el sudeste asiático. Churchill y Eden se han negado a tomar parte en dichas conversaciones mientras en Ginebra, pese a todas las apariencias, exista una posibilidad de llegar a un entendimiento con el bloque comunista.

En consecuencia, se asegura que Francia está dispuesta a seguir adelante en sus negociaciones con Washington, aunque el gabinete londinense se sienta más propicio a procurar a toda costa un entendimiento con Molotov y Chou En Lai.

«Está claro — comenta el «Daily Mirror» — que *Inglatera no es ya una aliada de los Estados Unidos en el sentido de la palabra*. En el asunto crucial de la convocatoria inmediata de una conferencia de los «cinco grandes», para tratar de Extremo Oriente, y determinar la política que hay que realizar en esta región, sobre todo en lo que respecta a Indochina, Inglaterra ha lanzado un gran obstáculo contra los Estados Unidos.

«Inglaterra — añade — desea que la Conferencia sea aplazada hasta que termine la Conferencia de Ginebra. Mientras tanto, el Ejército comunista avanza hacia el delta del río Rojo y Hanoi. ¿Es que están ayudando los ingleses a los comunistas — que ahora incluyen a los Ejércitos de la China comunista — a conquistar Indochina por medios diplomáticos? ¿No significa esto que Inglaterra está preparando el fracaso de la política norteamericana en Indochina como ha fracasado en Corea?»

«Es una cuestión muy importante — termina diciendo el «Daily Mirror» —. Se dice que Inglaterra ha sido obligada a adoptar esta posición por la India, pero la realidad es que Eden apoya a Nehru, aunque ponga en peligro las relaciones de Inglaterra con los Estados Unidos y exponga a Australia al peligro de un ataque. Es una situación increíble y debe ser resuelta.»

Según Augusto Assia, que recoge una información de la United Press, presagizando el hundimiento de la alianza entre Inglaterra y los Estados Unidos, nos hallamos en «visperas de honda transformación».

Pero, ¿llegará realmente a romperse la alianza entre los dos países anglosajones?»

A última hora se anuncia que Inglaterra se muestra dispuesta a celebrar conversaciones militares acerca de Indochina, como mera «precaución» para el caso de que fracasase la Conferencia ginebrina. Y, al parecer, Norteamérica acepta la condición británica.

Tal vez, para comprender substancialmente el estado real de las relaciones entre Washington y Londres, sería imprescindible conocer hasta qué punto la Casa Blanca apoya, más o menos veladamente, la política de apaciguamiento de la que Eden

se ha mostrado campeón entusiasta en las reuniones de Ginebra.

EISENHOWER, LA «LIBERTAD» Y EL APACIGUAMIENTO

Mientras Eisenhower ha entonado un cántico a la «libertad» democrática — que permite la libre actuación del comunismo — «aun arañada por las dudas o desviada por escenas indignas en la capital nacional», alusión bastante clara a la denodada campaña anticomunista del senador Mc Carthy, el señor Foster Dulles ha hecho unas manifestaciones, con motivo de la conmemoración anual de la Declaración de Independencia, en las que ha dicho:

«Sería intolerable que concediésemos cientos de millones de almas al gobierno despótico. Además, semejante arreglo sería inestable desde el punto de vista comunista... La libertad en cualquier parte es un constante peligro para ellos...»

«Hasta ahora — ha añadido — hemos negociado de buena fe con los gobernantes soviéticos en relación con el uso de la energía atómica, y en relación con Alemania, Austria, Corea y, ahora, Indochina. Siempre siguen una pauta consecuente. Nunca aflojan su dominio sobre lo que tienen. En cada una de las zonas geográficas que he mentado, insisten en una fórmula que no sólo asegura la perpetuación de su despotismo dentro de las áreas que controlan, sino que además les permite aplicar sus implacables métodos para ganar el control de las áreas que aun están libres.»

Afirma Foster Dulles que los esfuerzos del mundo occidental para entenderse con la URSS se han estrellado hasta hoy «contra la roca comunista». Sin embargo, el secretario de Estado norteamericano anuncia que los Estados Unidos «persistirán en las negociaciones de paz con Rusia».

¿Motivos? Al decir de Foster Dulles existen tres razones fundamentales para proseguir las negociaciones con el Kremlin:

1) «Sabemos que la doctrina soviética enseña que se debe estar dispuesto a hacer concesiones y retiradas cuando se enfrenta con un contrario que es fuerte.»

2) «Estas concesiones aclaran las cuestiones y demuestran el implacable propósito de los gobernantes del bloque comunista soviético de poner a toda la Humanidad bajo su sistema de gobierno.»

3) «Ningún hombre tiene derecho a suponer que ve el futuro tan claramente que se siente justificado para decidir que la guerra es inevitable o que los medios de conciliación son inútiles.»

Pero, ¿por qué abandonó, entonces, el señor Foster Dulles la Conferencia de Ginebra? ¿No tendrá acaso su repentino desecho de negociación con la URSS, alguna relación con las censuras de Eisenhower a las «escenas indignas» que se desarrollan «en la capital nacional»?

Del 23 al 31 de mayo

EL ALMIRANTE CARNEY CREE QUE LA GUERRA ES INMINENTE

«Ayer — escribe Augusto Assia —, mientras en Ginebra Mr. Eden se entregaba a la ilusión de la paz, en Londres anunciaban que este verano una comisión laborista, pre-

sidida por Attlee y Bevan, será huésped de la China roja, lo cual es un indicio más de cuántas y cuán diversas son las fuerzas contra las que ha de moverse en su lucha contra el comunismo en Norteamérica.

«El complot para asesinar al presidente Batista y apoderarse del Gobierno de Cuba, cuyo fracaso se anuncia esta mañana, es interpretado aquí como otra faceta del alijo de armas en Guatemala, al que están descubriéndose aspectos cada vez más siniestros y extensos.

«Todo indica que Rusia se propone crear en Guatemala una base de operaciones para Centroamérica y el Caribe con ramificaciones en Méjico y Costa Rica.»

Y prosigue escribiendo, más adelante, el corresponsal:

«Entre tanto, aumentan los signos de que la actitud norteamericana es cada vez más firme y más decidida y cada vez menos vacilante e ilusa (sic).

«No pasa día sin que sea oída una voz solemne y autorizada dando un aviso. El de hoy procede nada menos que del comandante en jefe de la Escuadra, el viejo amigo de España, almirante Carney, quien dijo: *Los Estados Unidos están aproximándose rápidamente al momento de la guerra a muerte con Rusia*.

«En un análisis de la situación en Indochina, el jefe de la Escuadra norteamericana advirtió que «el momento de las medidas parciales y movimientos tácticos locales ha pasado» y que la «contención del expansionismo ruso reclama medidas generales». «No queda mucho tiempo», agregó, avisando contra la falsa ilusión de que pueden solucionarse los problemas existentes entre Rusia y el mundo libre por medio de «negociaciones o acuerdos con la propia Rusia o sus satélites».

Las palabras del almirante Carney parecen contradecir las optimistas declaraciones hechas recientemente por Foster Dulles. Para Carney, las negociaciones, e incluso los acuerdos con la URSS constituyen una «falsa ilusión», al mismo tiempo que afirma sin tapujos que nos acercamos al desencadenamiento de la gran guerra.

¿Quién está en lo cierto? Y, en definitiva, ¿qué criterio se impondrá en Washington?

Pero, al tiempo que el almirante Carney anuncia la inminencia de una guerra contra la Unión Soviética, el senador McCarthy acaba de hacer una sensacional revelación:

«Es una locura criminal — ha dicho el senador — ayudar económicamente a aliados que están enviando armas a la China comunista. No podemos pensar ni remotamente en enviar a nuestros muchachos a batirse en las selvas de Indochina si financiamos al mismo tiempo los cañones que los matarán.»

Y para comprobar este aserto, ahí está nada menos que la expedición de armas enviadas a Guatemala por el bloque soviético. Porque, al parecer, según ciertas informaciones fechadas en Méjico, el buque que transportó las armas a Guatemala y que es de nacionalidad sueca, fué fletado por una empresa británica, para cargar el material en el puerto de Stettin, actualmente bajo el control polaco.

La mercancía se declaró «como aparatos de óptica e instrumentos de laboratorio por un valor total de diez millones de dó-

ACTUALIDAD

lares». Y lo «paradójico» del caso — al decir de la aludida información — es que dicho buque, cargado con los supuestos «instrumentos ópticos», estuvo «en el puerto de Nueva York durante tres días, ante las mismas narices de los norteamericanos, sin que éstos sospecharan que se trataba de armas con destino a Guatemala».

Ahora bien, y volviendo a las declara-

ciones del almirante Carney y del senador McCarthy, ¿no cabe preguntarse cómo es posible que en las altas esferas dirigentes de Norteamérica puedan darse tan gravísimas contradicciones?

Si la guerra es inminente, si se calcula que en fecha próxima los soldados norteamericanos habrán de enfrentarse con las tropas comunistas, ¿por qué el Gobierno

norteamericano consiente que sus aliados aprovisionen de armas de todas clases y de productos estratégicos a sus enemigos de mañana? ¿Y por qué ayuda económicamente con tanta esplendidez a los amigos de sus enemigos?

¿Es que se pretende, tal vez, hacer la guerra inevitable?

SHEHAR YASHUB

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

CRÓNICA GRÁFICA DEL XXXV CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL, celebrado en Barcelona en 1952. Numerosísimas fotografías. 298 páginas.

Magnífica y lujosamente presentada y encuadernada, constituye esta obra algo más que un recuerdo del XXXV Congreso Eucarístico Internacional. El monumental volumen, de cerca trescientas páginas y más de dos mil fotografías, va encabezado con las efigies del Augusto Pontífice Pío XII felizmente reinante, de S. E. don Francisco Franco, Jefe del Estado Español, de Su Eminencia Rvdma. el Cardenal Federico Tedeschini, Legado «a látere» en el Congreso, de S. Excia. Rvdma. Monseñor Cayetano Cicognani, Nuncio de S. S. en España y del Excmo. y Rvdmo. Dr. Don Gregorio Modrego Casaus, Prelado de Barcelona, alma y motor del Congreso, bajo cuyo paternal pontificado se celebró.

En los preliminares, se recogen diversos actos que precedieron inmediatamente al Congreso, como el Pontifical del Pueblo Español, la Hora Santa sacerdotal, etc. Después, las fotografías de los Emmos. Purpurados, Excmos. Arzobispos, y Reverendísimos Prelados, etc. asistentes al Congreso.

Bajo el epígrafe «Las jornadas del Congreso», se encuentran en una breve y rápida corrida, los actos principales de los días del mismo. Y en «Relieves del Congreso», tienen cabida los demás actos, conjuntamente con las sesiones de Estudio, la Liturgia Oriental y las reseñas de las diferentes exposiciones celebradas en Barcelona en aquellas fechas, tales como la Na-

cional de Arte Eucarístico Antiguo, la de Orfebrería e Industrias religiosas, la de Seda en la Liturgia, etc.

En «Barcelona engalanada e iluminada», se recogen infinidad de fotografías de las iluminaciones nocturnas barcelonesas y de las galas con las que la Ciudad Condal se embelleció para recibir el ósculo de Paz que debía traerle la Eucaristía.

TEMAS DE ESTUDIO del XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona de 1952. Dos tomos. 840 y 956 páginas respectivamente.

Los dos volúmenes que componen los temas de estudio del XXXV Congreso Eucarístico Internacional, suman en total unas dos mil páginas, en las que se recogen todos los trabajos presentados sobre los temas que propuso la Comisión Doctrinal.

Entre ellos, y en las secciones generales de estudio, podemos leer «The Eucharist and peace in the family», del Emmo. Cardenal Francisco Spellman, Arzobispo de Nueva York; «Le valeur infinite du Sacrifice de la Messe», del Rvdo. P. Reginaldo Garrigou-Lagrange O. P., del Pontificium Athenaeum «Angelicum» de Roma; «L'idée de la pace nel Vecchio Testamento» del Rvdo. P. Agustín Bea, S. I., del Pontificio Instituto Bíblico de Roma; «Las primitivas sinaxis cristianas, forja de mártires, y la exultante paz de Cristo», del Pbro. Don Lorenzo Riber, de la Real Academia Española; y finalmente «L'Eucharistie et la paix internationale» del Emmo. Cardenal Pedro Gerlier, Arzobispo de Lyon.

Después, y entre las sesiones internacio-

nales de estudio por secciones, se encuentran trabajos de Teología dogmática, Sagrada Escritura, Liturgia, Moral, Derecho, Sociología, Pastoral, Pedagogía, Historia, Arqueología y Teología Oriental firmados por ilustres personalidades eclesiásticas.

También se recogen los discursos pronunciados en el Certamen Poético Internacional y en diversas sesiones académicas por S. E. Don Alberto Martín Artajo, Ministro español de Asuntos Exteriores; S. Excelencia Rvdma. Mons. Cayetano Cicognani, Nuncio de S. S.; José María Pemán, de la Real Academia Española; Excmo. Sr. D. Esteban Bilbao, Presidente de las Cortes españolas, y Paul Claudel, de la Academia Francesa.

Alemania, Francia, Italia y Canadá, tuvieron sesiones especiales, así como también diversos representantes de países de allende el telón de acero: Croacia, China, Eslovaquia, Eslovenia, Hungría, Letonia, Polonia, Rumanía y Ucrania.

En resumen, más de ciento cincuenta ponentes presentaron sus aportaciones a las magnas sesiones de estudio celebradas en la Universidad de Barcelona durante el XXXV Congreso Eucarístico Internacional.

Nuestra cordial enhorabuena a la Comisión Doctrinal del Congreso por su trabajo de acoplamiento de las diversas ponencias de comunicantes, de tan distintas nacionalidades, y nuestro ferviente y caluroso homenaje a nuestro Rvdmo. Prelado, que tan diligentemente supo llevar esta labor y colocar en la diócesis barcelonesa esta diadema que fué el XXXV Congreso Eucarístico Internacional.

F. A. L.

LIBROS RECIBIDOS

En esta sección se anuncian las obras de las que en nuestra Redacción se reciben dos ejemplares, sin comprometernos no obstante, a publicar recensión bibliográfica alguna, por falta de espacio, a no ser en los casos en que la obra se adapte de un modo especial a la índole de nuestra revista.

Editorial Herder. - Barcelona

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL HERDER. 1954.

EL MAS ALLA, la vida futura, la contemplación de Dios y la reunión feliz con los seres queridos, por Engelbert Krebs, profesor de Teología. Traducción de Constantino Ruiz Garrido de la 14ª edición alemana. 1953.

DE ALMA A ALMA, cartas a hombres de bien, por el Rvdo. P. Peter Lippert S. I. Traducción del Rvdo. P. Bernardo Bravo S. I. de la 40ª edición alemana. 1953.

LA SALVACION DEL QUE NO TIENE FE, por el P. Ricardo

Lombardi S. I. Traducción de la 4.ª edición italiana por A. de Miguel y Miguel. Licenciado en letras. 1953.

Envíos de su autor:

MADRE PATRIA. Versos por Sara Montes de Oca de Cárdenas, Buenos Aires. 1953.

HOSPITAL DE S. LAZARO. Autobiografía novelesca, por Antonio Pérez de Olaguer. Barcelona. Editorial Juventud. 1953.

USO Y ABUSO DE LOS SACRAMENTOS, por el cura de S. Antolín. Imprenta Victoria Mula. Murcia. 1954.

NUESTRO PRÓXIMO NÚMERO

dedicado a Santiago Apóstol, con motivo del Año Santo, aparecerá (D. m.) el 20 de julio, y por ser doble abarcará las fechas de 1 y 15 de dicho mes.

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - BARCELONA - Teléfono 22 24 46

Precio de suscripción . . . 150 pesetas

PLAZOS: Trimestral, semestral o anual

Para los señores Sacerdotes, cuota reducida

Número ordinario	7'50	Encuadernar revistas y separatas	36'00
Encuadernar revistas	25'00	Tomos encuadernados, revistas y separatas	186'00

El Año Mariano va encaminado a un doble fin:

La conversión del pecador.

El retorno de la sociedad a la paz de Cristo

JERONIMO DAL - GAL, O. F. M. Conv.

SAN PIO X

CON UNA CARTA-INTRODUCCION DEL EXCMO. Y RVDMO. DOCTOR
D. GREGORIO MODREGO CASAUS
ARZOBISPO-OBISPO DE BARCELONA

La biografía escrita sobre la documentación oficial de la Causa de Canonización
por un íntimo colaborador del Santo

APARECIDA SIMULTANEAMENTE EN ROMA Y BARCELONA

Es una publicación de

CRISTIANDAD

Pídala en las librerías o a nuestra Administración

S. A. P. H. I. L.

TARRASA

Hijo de Manuel Vallhonrat

FABRICA DE GENEROS
DE PUNTO



Almacén y Dpcho.: S. ANTONIO, 39
Fábrica: GARCIA HUMET, 40
TELEFONO NUM. 1832
TARRASA

La Juventud de la Farándula de Sabadell convoca su IV Concurso de Obras Teatrales de Espectáculo Infantil. Se concederán seis premios de 3.000, 2.000, 1.000, 1.000, 1.000 y 500 ptas. respectivamente. Además se concederán menciones honoríficas. Para más detalles puede dirigirse a don Juan Brunet Pujol, Plaza de Castilla, 27. — Sabadell (Barcelona).

Lector:

SI QUIERES APRECIAR EL VALOR DE CRISTIANDAD A FONDO, GUARDA LOS EJEMPLARES Y ENCUADERNALOS A FIN DE AÑO

la colección completa de la Revista en la biblioteca de tu hogar te ofrecerá una valiosa fuente de consulta

C. S. S. A.
BARCELONA

P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E



P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E

Tintorería Doré, S. A.

ESPECIALIDAD EN MEDIAS NYLON Y PIEZAS

San Leopoldo, 135 (Vapor Galí)
Teléfonos 2405 - 2406
TARRASA

Almacén en Barcelona:
Avd. Glmo. Franco, 418
Teléfono núm. 27 64 94

FABRICA DE GENEROS DE PUNTO

Hosselbarth & Carrer, S. L.

H O S C A R

Calle Médicos, 14 - Telefono 106
VALLS (Tarragona)

PRODUCTOS CODORNIU Y GARRIGA

Sociedad Anónima

Especialidades Farmacéuticas

Badajoz, 112
BARCELONA



En su viaje
a Mallorca
visite las

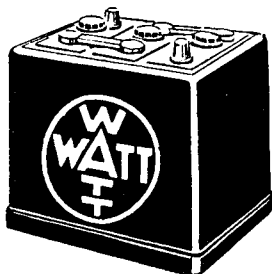
Cuevas de Artá

UNA MARAVILLA ENTRE MARAVILLAS

Vallhonrat y Cía.



TARRASA



TALLERES WATT

JUAN COMAJUNCOSA

SERVICIO ELECTRICO DEL AUTOMOVIL
RADIO Y BOBINAJES

Córcega, 298 - Teléf. 27 62 28
(entre Paseo de Gracia y Rambla de Cataluña)

BARCELONA

Gran Licor
CALISAY



Destilerías
Mollfulleda

S. A.

*

El licor
de oro

Paños Marcet

Sociedad Anónima

Fábrica de Tejidos de Lana y Estambre
Selectas Novedades en Pañería

+

General Mola, 24 - Teléfono 2219

TARRASA

BIOSCA Y BOTEY, S. A.

Bronces para construcciones, decoración, y Lámparas

Rbla. Cataluña, 129 - Tel. 27 35 36 - Paj. Independencia, 18 al 24 - Tel. 25 02 04

BARCELONA

Construcciones Mecánicas Rex, S. A.

Motores y Bombas REX - Motores de Gasolina - Motores Diesel - Bombas Centrífugas - Grupos Electrógenos - Grupos Electrobombas - Motobombas - Motores auxiliares para Bicicleta

Borrell, 236 - 444

BARCELONA

Teléfono 30 18 00